

DIARIO HISTORICO

DE LA

REBELION Y GUERRA DE LOS PUEBLOS GUARANIS.

SITUADOS EN LA COSTA ORIENTAL DEL

RIO URUGUAY.

DEL AÑO DE 1754.

VERSION CASTELLANA DE LA OBRA ESCRITA EN LATIN POR EL

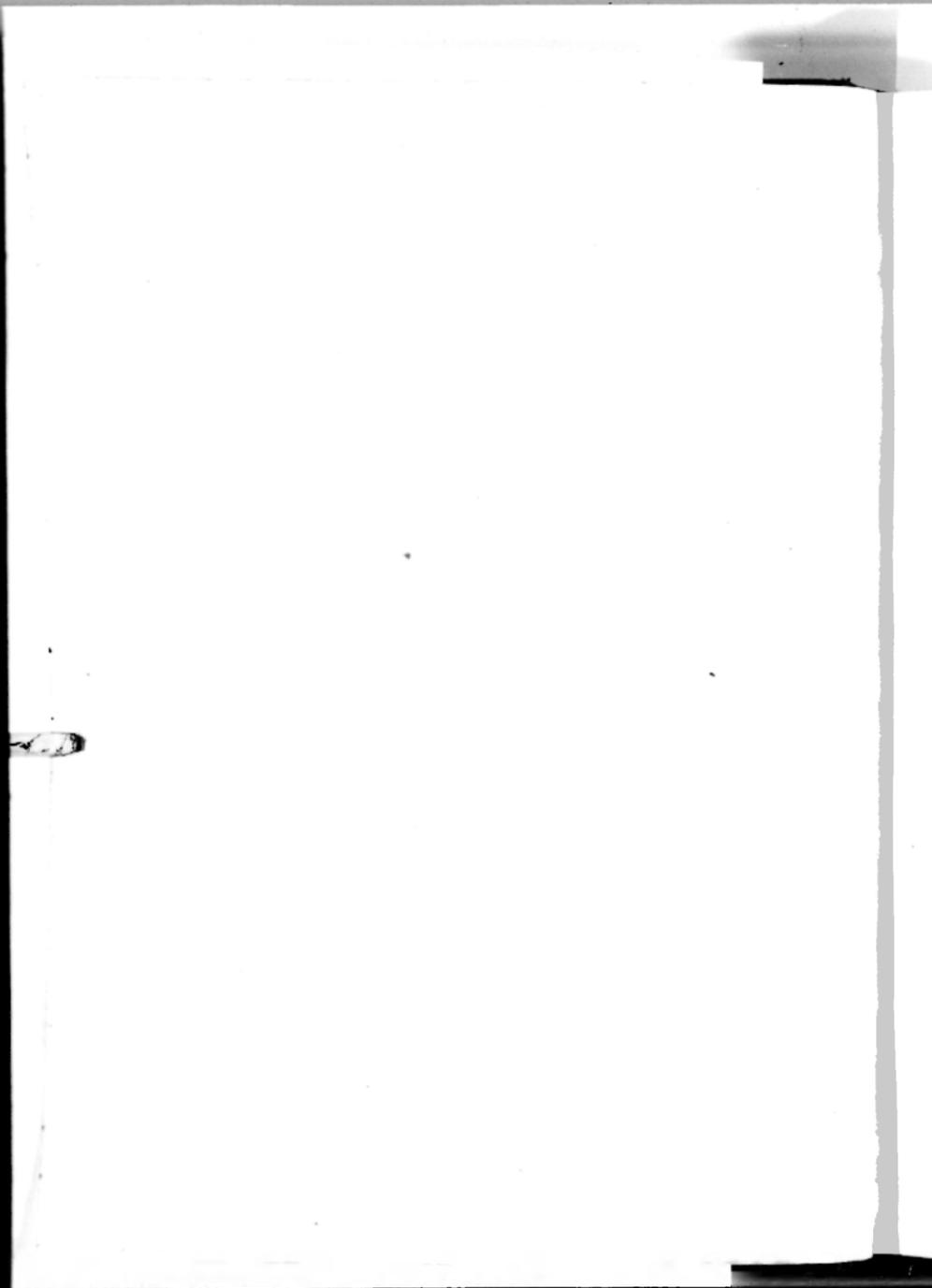
P. TADEO XAVIER HENIS,

DE LA COMPANIA DE JESUS.

BUENOS - AIRES.

IMPRESA DEL ESTADO.

1886.



DISCURSO PRELIMINAR

AL

DIARIO DEL P. HENIS.

Los esfuerzos combinados de dos grandes potencias europeas no bastaron para dar cumplimiento al tratado de 1750, que debia desliadar sus vastos dominios en América. A las representaciones respetuosas de los PP. de la Compañia de Jesus, que llevaban á mal la cesion de sus misiones orientales, sucedieron los alborotos, que pronto acabaron en una general insurreccion.

Los preliminares de este tratado habian sido ajustados secretamente con el rey Juan V contra el voto de sus ministros, que tenian por mucho mas importante la conservacion de la Colonia del Sacramento, que la adquisicion proyectada en las márgenes del Uruguay. Pero José I. que se adheria á las miras de su padre y predecesor, autorizó á Gomez Freyre de Andrade, Gobernador y Capitan General de Rio Janeiro, para la entrega de la Colonia; mientras que el Marques de Valdelirios llenaba los compromisos contraidos por S. M. Católica, segundado por el P. Altamirano, que venia tambien en clase de comisario.

Luego que se trasladieron en Córdoba las cláusulas de este tratado, el P. Barreda, provincial entonces, reunió una consulta para exponer al Virey y á la Audiencia los perjuicios que se inferian á

los derechos de la Corona, de la Compañía, y de los pueblos. El P. Lozano, que fué encargado de redactar este oficio, nada omitió para producir el convencimiento, y el P. Quiroga, que disfrutaba del concepto de gran *cosmógrafo*, formó un mapa, en que (según se dijo) desfiguró el terreno, para hacer más irresistibles los argumentos de los consultores.

Estos manejos, y el poder de los PP. Misioneros sobre sus neófitos, los expusieron al cargo de haber fomentado, ó favorecido la insurrección de los indios. Concurrían á acreditar esta especie los sucesos del Para y del Marañón, donde un comisario del Rey de Portugal, en circunstancias idénticas, halló los mismos obstáculos en el norte, que Valdelirios y Freyre en el sud. No se llegó á empuñar las armas, porque no había pueblos que ceder, ni territorio que evacuar: pero se negaron los auxilios, se trabaron las operaciones, dejando yerros los parages por donde debían transitar los demarcadores.

Funes, que registro los archivos del virreinato, refiere, que en la entrevista que tuvo el capitán Zavala con el cacique *Sepe Tyaragü* en el pueblo de San Miguel, dijo este "que circulaba en aquellos pueblos una carta del Gobernador de Buenos Aires, dirigida al Superior de las Misiones, ordenando á los indios *el empleo de la fuerza* en defensa de su territorio, y á no permitir la entrada á ningún portugués: enfin, que *aquellas eran las instrucciones que tenían de sus doctores*" (1)

Esta declaración se halla confirmada en varios lugares del diario de Henis, que descubren el error en que vivían los PP., que "los indios harían un gran servicio al Rey, si se defendían, oponían y resistían con todas sus fuerzas, mientras llegaba de Europa la providencia que se esperaba." (2)

En el mismo sentido se expresaba el P. Rávago, confesor del

(1) *Ensayo de la historia civil del Paraguay*, etc., tom. III, pág. 58.

(2) Diario de Henis, pág. 46.

imbecil Fernando VI, asegurando al Superior de los Misiones, que el Rey, víctima de las intrigas de su consejero Carvajal, autor del tratado, no se le habia opuesto hasta entonces por pusilanimidad è ignorancia.

Entretanto la insurreccion, que cundia en los pueblos de Misiones, no dejaba mas arbitrio que el de la fuerza para sofocarla. En una junta que se celebrò en la isla de Martin Garcia entre Valdelirios, Gomez Freyre, y Andonaegui, Gobernador de Buenos Aires, se acordò que, à mas de los cuerpos veteranos de la guarnicion, se convocarian las milicias de Montevideo, Santa Fe y Corrientes, à las que se reunirian 1,000 Portugueses y un competente numero de vecinos, para llevar la guerra à los pueblos insurreccionados.

En estos preparativos se invertieron algunos meses, hasta que à principios de Mayo del año de 1751 se abrió la campaña, al mando de Andonaegui, que debia ocupar el punto central de San Nicolas, mientras Freyre, con otro trozo de tropas que se organizaban en el Rio Grande, atacaria el pueblo de Santo Angel, situado en el borde exterior del Yguy-guazu.

Para agotar todos los medios de conciliacion de que podia hacerse uso sin menoscabo de la autoridad real, se hizo preceder al ataque un parlamentario, que debia hacer las ultimas amonestaciones à los rebeldes, por medio del cura de Yapeyù à quien fuè dirigido.

Pero el conductor de este oficio tuvo la desgracia de caer en manos de una partida de sublevados, que lo inmolaron en compania de otros cinco hombres que lo escoltabau. Este crimen hizo imposible todo avenimiento, y el ejército, que habia hecho alto en las costas del Ygarapey, avanzò hasta el Ibicuy, por caminos intransitables, y en el rigor del invierno. La falta de pastos, y la extenuacion que causò en los caballos, obligaron el ejército español à retroceder hasta el Salto-chico, y este movimiento retrogrado, al romper las hostilidades, euvalentonò à los indios, que le salieron al frente para hostilizarle.

Por otra parte Gomez Freyre se habia enredado en los bosques del Yacui, donde supo la retirada de Andonaegui; mientras los sublevados, cuyo mayor odio era contra los Portugueses, fueron à desafiarnos hasta el rio Pardo. Estos ataques parciales, cuya victoria se atribuian los gefes aliados, acabaron en un armisticio que no tuvo à menos Gomez Freyre celebrar con los caciques en su cautiverio del rio Yacui. (3)

Irritado por tanta cobardia é impericia, el Brigadier D. José Joaquín de Viana, Gobernador de Montevideo, volò al campo de Freyre à instarle para que rompiese cuanto antes estas treguas vergonzosas. Las palabras de este bizarro oficial despertaron el valor de sus compañeros, que, bajo su direccion y auspicios, derrotaron en un primer choque à los indios cerca de Batovi, en donde el mismo General derribo de un pistoletazo al famoso caudillo *Scpc*.

Sucedió en el mando de los sublevados el corregidor, ó cacique del pueblo de Concepcion, Nicolas Nanguirú, mas conocido en la historia de estos tumultos bajo el nombre de NICOLAS I, que se dijo haber tomado con el carácter de rey.

Viana, que despues de la acción de Batovi, marchaba al frente de los españoles y Lusitanos en número de 2,500, volvió à arrollar à los indios al pié del cerro de Caybaté, donde le aguardaban con cerca de 2,000 combatientes. Al dia siguiente ocupó el pueblo de San Miguel, ó mas bien sus escombros, por haber sido desamparado y reducido à cenizas; y desde este punto intimó la rendición à los demas pueblos, que todos se sometieron, excepto el de San Lorenzo, que solo cedió à la fuerza: confirmando con este último rasgo de obstinacion las sospechas que se tenian formadas sobre la cooperacion de los misioneros, siendo cura de este pueblo el mismo P. Tadeo Xavier He- nis, autor del diario, cuyo autógrafa se halló en su escritorio.

(3) El dia 14 de Noviembre de 1754.

De este modo termino una guerra que inspiro vivas al Rey en las cortes de Madrid y de Lisboa, acostumbradas á ver obedecer las ciegaemente sus órdenes, y á mirar á los indigenas como á la base mas abyecta de sus súbditos. Despues del gran levantamiento de los Araucanos al fin de la XVI.^a centuria, niugun acto de insubordinacion habia turbado las colonias, cuyo sosiego se tenia por incalculable. Y realmente la resistencia de los indios *Guaranis* no arrancaba de un espíritu de sedicion, sino de un sentimiento de fidelidad que la hacia mas obstinada. Asi es que el autor del diario, hablando de los rumores que circulaban en las Misiones durante la lucha, esclama: *¿Quién creyera que las cosas de los indios estén en tal estado, que para servir al Rey sea necesario tomar las armas contra él mismo.* (4)

Si los PP. Misioneros fueron autores, ó victimas de este engaño, no es facil decidirlo; pero las cabalas que ya empezaban á urdirse contra la *Compañía*, deben inspirar desconfianzas hacia todos los cargos que se le hicieron en aquella época. Ciertos es que ellos conservaron hasta el último desenlace la esperanza de ver anulado el tratado, y continuaron arreglando los pueblos como si nunca debieran abandonarlos. Cuando las tropas del Rey entraron en San Luis se trabajaba en rematar los dos hermosos guayones que construyeron los PP. en el corredor de su huerta, y en el pueblo de San Lorenzo quedó á medio dorar el altar de San Antonio. (5)

Estos pormenores pueden servir para disculpar á los Jesuitas de la complicidad que se les atribuye, y de un modo mas convincente que la fastidiosa repeticion que hace Funes de las alteraciones que notó Muriel en la version castellana de este diario por Ibañez.

(4) Pagina 46.

(5) El Marques de Valdehijos recuerda estos hechos al Gobernador D. Pedro de Cevallos, en un largo oficio que le dirige, en Setiembre de 1759, desde San Nicolas; diciendole, que, "segun le aseguraron, no se habia suspendido la obra hasta que hubo noticia "de la funcion de Caybató, y que entonces arrojó los pimientos el Coaljutor que estaba trabajando en ella."

Si el concepto de la secreta oposicion del Rey al tratado no es bastante justificacion para los que lo atacaron, tampoco podrán librarles de la nota de rebeldes las correcciones tan laboriosamente hacinadas por el continuador de Charlevoix para restablecer el texto de Henis. Por mas que se comenten estas *Ejemplarides* nunca se llegará á desmentir por este lado lo que tan candidamente expresa el autor en cada uno de sus párrafos.

Sin embargo, no es posible negar el mal uso que hizo Ibañez de este documento, en la formacion de su obra, titulada: *El reino jesuitico del Paraguay*. (6) Expulso del Colegio de Buenos Aires poco despues de la celebracion del tratado de 1750, este individuo se ofreció al Marques de Valdelirios para suministrarle los conocimientos adquiridos sobre el estado de las Misiones, y las miras de los que las administraban. En estas revelaciones era natural que le guiase un espíritu de rencor, y que acreditase, en cuanto le era posible, el plan de usurpacion que se atribuía á los Jesuitas. Valdelirios, que estaba prevenido contra ellos, sobre todo despues de la insurreccion de sus pueblos, acogia con deferencia estas especies; y alentado Ibañez por esta proteccion, atacó con mas descaro á sus antiguos hermanos. No contento con la zizaña que habia sembrado en Buenos Aires, pasó á Madrid, donde las recomendaciones que llevaba, y los servicios que habia prestado, le pusieron en contacto con D. Ricardo Wall, sucesor de Carvajal, y comprometido en todos sus planes.

Las circunstancias no podian ser mas á propósito para favorecer las miras de este ex-claustrado. Sus cargos, que en cualquier

(6) Forma la IV parte de la "*Coleccion general de las providencias hasta aqui tomadas por el Gobierno sobre el estranamiento y ocupacion de temporalidades de los Reinos de la Compania de Jesus, de España, Indias, etc.*" Madrid, 1767, 4to." Con este motivo publico Ibañez por primera vez el texto de Henis, con el título de *Ejemplarides belli guaranicé, ab anno 1734*; con una version al castellano, cuya inexactitud se empenó en demostrar el P. Muriel en sus Apéndices á la traduccion latina de la *Historia del Paraguay* del P. Charlevoix, que publicó en Venecia en 1779, fol.

otra época se hubiesen mirado con el desprecio que inspira un sentimiento de venganza, trillarón el camino á otros ataques, que acabaron con la ruina de la Sociedad que le habia repudiado. Pero no se consiguió por esto dar cumplimiento al tratado; y se tuvo por fin que echar mano de la fuerza para desalojar á los Portugueses de la Colonia del Sacramento: (7) y del mismo arbitrio se valieron los Lusitanos para apoderarse muchos años despues de las Misiones Orientales. (8)

Entre tanto estas dos campanas, á las que los escritores españoles dieron enfáticamente el nombre de *primera* y *segunda guerra guaranítica*, como si en algo se parecieran á las *pinicas*, hicieron derramar mucha sangre, y costaron á la Corte de Lisbon, (segun lo aseguró el Ministro Souza Coutinho en la memoria que dirigió al gabinete de Madrid en Enero de 1776) veintiseis millones de cruzados, y no creemos que fuerón inferiores los sacrificios de España.

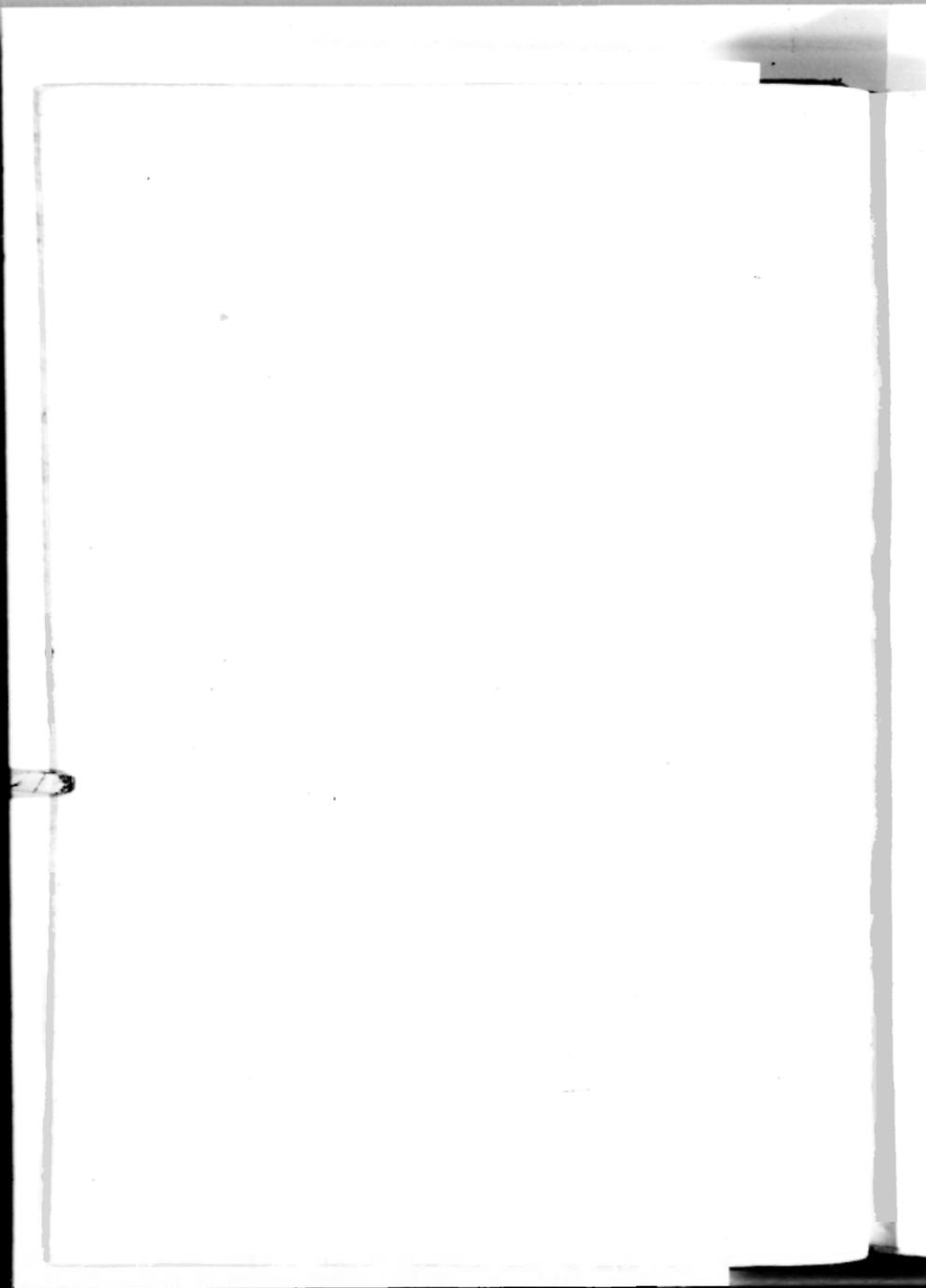
Una parte de la historia de estas desavenencias se halla en la correspondencia oficial de los Comisarios de las dos Coronas, y otra en el diario que publicamos, valiéndonos de una version distinta de la que emprendió y publicó Ibañez. La debemos á la amistad del Señor Dr. D. Leon Vanegas, que la conservaba inédita entre sus papeles.

(7) D. Pedro de Cavallos atacó dos veces la Colonia: la primera en 1762, siendo Gobernador de Buenos Aires; y la segunda, que aseguró definitivamente á España la posesion de esta plaza, el año de 1777.

(8) En la guerra de 1702 entre España y Portugal, esta última potencia se apoderó de los siete pueblos, situados en la margen izquierda del Uruguay.

Buenos-Aires, 2 de Setiembre de 1837.

PEDRO DE ANGELIS.



DIARIO DE HENIS.

1. A mediados del mes de Enero del año de 1751, confederados a los Guaranis los Guanoas gentiles, que diligentemente egercian el oficio de exploradores, hicieron saber á todos los habitantes de los pueblos, que á las cabeceras del Rio Negro se veía un numeroso escuadron de Portugueses. Con esta noticia se tocó al arma por todas partes, se despacharon por los pueblos presurosos correos, se hicieron cabildos, se tomaron pareceres, y unanimente proclamaron que debían defenderse.

2. El dia 27 de dicho mes salieron armados del pueblo de San Miguel 200 soldados á caballo á recoger la demas gente de sus establos, ó estancias, hasta llegar al número de 900. Despues siguieron 200 del pueblo de San Juan, y otros tantos de los pueblos de San Angel, San Luis y San Nicolas, con 80 de San Lorenzo de suerte que tolos eran 1,500, y fueran repartidos para defender los confines de sus tierras.

3. Mientras se disponian estas cosas cuidadosamente, el dia 8 de Febrero se avisó de las estancias vecinas de San Juan, que estan á las orillas del Rio Grande, por los indios de Santo Tomé que á la sazón en sus montes fabricaban la yerba segun acostumbran, que no lejos de ellos habia gran número de gente portuguesa, y que amenazaba de muy cerca á los pueblos, porque apenas distaban 20 leguas de ellos.

4. Casi al mismo tiempo avisaron de las estancias mas remotas de San Luis, las cuales estan á las orillas del mismo Rio Grande, limite antiguo de division entre las tierras guaranis y portuguesas, que se veía un trozo de enemigos portugueses, que ya habían pasado el rio en algunas bircas y canoas, y que en un bosque vecino habían construido dos grandes galpones, y que tenían tambien muchos caballos y armas. Habiendo yo sido llamado, marché al socorro de los estancieros de los circunvecinos campos y de otros pueblos, y tambien para que se transfiriese

á tiempo á aquel parage el ejército que habia salido de los pueblos contra los invasores, y estar así apercibidos para resistir unánimemente á todos los enemigos.

5. Tambien se esparció por entonces cierta voz, que así como alegró los ánimos de los soldados, los encendió y levanto á esperanzas de mayores cosas. Decía esta, que doce carros con alguna gente, pertrechos y caballos, habian pasado el Rio Uruguay, en el paso que llaman *de las Gallinas*, pero que por los confederados bárbaros, Charruas y Minuanes, parte habian sido heridos, parte dispersos y muertos: que los animales habian sido retirados lejos y los carros quemados. Parece que dicho rumorcillo no era del todo vano: porque, volviendo un alcalde de Santo Angel de las tierras de sus estancias, lo contaba así como lo habia oído á algunos de los confederados vencedores, que acababan de llegar.

6. Alegres y alentados con uno y otro aviso, se alistaron nuevos reclutas, y despues de haberse fortalecido con el sacramento de la penitencia y de la eucaristía, por espacio de tres ó cuatro dias, 200 del pueblo de Santo Angel, (porque á estos amenazaba el peligro de mas cerca) revolvian las antiguas memorias, de que pocos años antes por este mismo camino, cierto portugues habia penetrado hasta su pueblo, á quien, aunque los estancieros compatriotas conocian, ahora sospechaban que fuese espía. Tambien salieron armados casi 200 de cada uno de los otros pueblos, y hallaban 100 del pueblo de Santo Tomé en el mismo sitio haciendo yerba, y 60 del de San Lorenzo juntos en la misma faena, que con los estancieros vecinos componian un ejército de casi 1,200 hombres.

7. Mientras se preparaban á esta expedición el domingo de Septuagésima, (era hoy de mañana) uno me habló en nombre del capitán del ejército, y pidió fuese con ellos por procurador y médico espiritual. Me escusé de esta carga por las conocidas calumnias, que los Portugueses y Españoles acostumbran forjar, como poco há me lo habia enseñado la experiencia: empero, considerando que si acaso alguno del ejército adoleciese en el camino de alguna grave enfermedad, ó se postrase con alguna herida, habia de ir luego al punto á confesarlo, si me llamasen, condescendí, por tener la cierta y suprema vicaria potestad de Christo. Juzgaron los capitanes que tenían en sí dicha autoridad, para que ninguna alma sea privada de los sacramentos, y salvación sin culpa proporcionada, y así disponian la expedición, limpiándose de las manchas internas de los pecados.

8. Finalmente, habiendo salido de sus pueblos hacia los montes de los yerbales, à tres dias de camino los mas cercanos, otros llegaron de partes mas remotas: mas luego que oyeron que el rumor del enemigo habia sido falso, habiendo enviado exploradores, corrieron toda la tierra, y no habiendo hallado vestigios algunos de enemigos, sino solamente algunos fugoncillos, dejados de los bárbaros, y habiendo averiguado que el rumor sobredicho habia sido esparcido mañosamente por los indios fugitivos de Santo Tomé que estaban haciendo yerba, se restituyeron à sus propios pueblos: aunque es de advertir que despues los mismos Portugueses confesaron que 200 Paulistas de los pueblos circunvecinos se habian acercado: pero que vista de las copas de los árboles la multitud de los indios, se habian retirado.

9. La noticia de haber tomado aquellos doce carros y canones no se confirmaba, la mentira con el tiempo se iba olvidando, y ninguna confirmacion venia de las estancias de San Luis.

10. El dia tres de Mayo por la noche llegó un correo que avisó, que los soldados de San Luis y San Juan, habian acometido à los fuertes que los Portugueses tenian ya hechos de estacas en el Rio Grande: pero que les salió mal su intento, porque habiendo los nuestros acometido al amanecer del veinte y tres de Febrero el pago de los Portugueses que ya estaba fortificado, estos huyeron al principio, pero habiendo despues vuelto sobre los indios que estaban entretenidos en los despojos, mataron à escopetazos à 11 Juanistas y à 12 Luisistas, y los obligaron a huir, habiendo muerto tambien algunos de los Portugueses. Cuando se retiraron los indios, volvieron à oír por otra parte los fusilazos, y sospecharon que los Lorenzistas estaban en accion. Se esperaba mas estensa noticia de todo, pero despues se esparció por los pueblos un rumor lamentable.

11. Tambien por este tiempo se avisó que en los campos de Yapeyú, se veian 800 espanoles, y que habiendo huido los estancieros, se habian apoderado de los rebanos de ovejas. Se dudó de la verdad de este caso, y los capitanes de los demas pueblos se juntaron en consejo con el de la Concepcion (que era entonces el supremo): mas, lo que se acordo, quedó ignorado.

12. Ya se hablaba con mas fundamento de la accion de los Luisistas, de cinco años à esta parte, en un extremo de las tierras de San Luis: entre los rios Grandes, Verde, Yacuí y Guacacay, los Por-

tugueses se habian establecido en un bosque, y habian edificado un pueblo de bastante número de casas, sin noticia de los dueños de la tierra, que á corta distancia aparentaban sus ganados; y aunque muchas veces habian sido enviados á explorar tierras, nunca llegaron á aquellos términos, ya por lo vasto de aquel territorio, ya por su innata pereza. Ahora finalmente en esta variedad de cosas, habiéndolo descubierto los más vigilantes dicha colonia enemiga, y habiéndola explorado, fueron á atacarla 110 Luisistas, y casi 200 Juanistas. Empeñaron la expugnacion el día 22 de Febrero, la noche del 23 se arrimaron á ella, y hecha irrupcion al amanecer facilmente pusieron en huida á los moradores, que estaban desprevenidos. Habiéndose apoderado del pueblecito, entraron en las casas, y se ocuparon del botín, dejando las armas. Entretanto el enemigo que habia huido, volvió sobre los que estaban entretenidos en el saqueo y sin armas, y les obligó á ceder otra vez el pago, porque con el ruido de la noche, y con haber pasado los ríos á nado, se habian inutilizado las escopetas, no pudiendo tampoco manejar las lanzas por la espesura del bosque. Sacadas pues de las casas sus armas, atacaron á los indios, y les obligaron á cederles el paso, para retirarse á sus reales. Murieron de una y otra parte algunos: de los indios 22, entre los cuales fué uno el Alférez Real de San Luis (capitan valeroso de los indios) que, desamparado de los suyos y peleando valerosamente hasta el último, fué aprisionado por la muchedumbre, y habiéndole atado las manos, murió lanzado por los enemigos que cargaron sobre él. De los Portugueses parece que murieron 12, quedando los demas heridos levemente, y de los nuestros salieron heridos 26. Volvieron 16 Luisistas para observar el movimiento del enemigo y tambien para enterrar los muertos, aunque fuese por fuerza. Los demas se retiraron á sus tierras y poblaciones, esperando nuevos socorros. Tambien el resto de los Luisistas volvió á su pueblo, no sé si de verguenza, si de temor, ó por alguna mutua disencion.

13. Despues en el mismo pueblo se alistaron nuevas reclutas, y porque acaso, como los prisioneros que perecieron en la guerra, no tuesen desamparados de médico espiritual, llamaron para el socorro de sus almas á aquel que por el mismo tiempo habia hecho la mision de Cuaresma en aquel mismo lugar. Consintió este á tan piadosas súplicas, recargado sin duda de los remordimientos de su propia conciencia, y tomando á su cuidado la vida y almas de aquellos indios que estaban en peligro. Luego que volvió á su pueblo, se previno para el camino, y partió á las estancias que estan á la falda de la montaña. El día 3 de Marzo le siguió despues

un escuadron armado, aunque con paso lento, atendiendo à la debilidad y fatiga de los jumentos, y formó el campo à 12 de Abril en los rios Guacacay, Grande y Chico. Pasaron el rio los capitanes de San Luis con los de San Juan cerca de su boca, para avisar à los de San Miguel, que viniesen en su auxilio, porque era necesario cargar al enemigo con mucha gente, ya que por la situacion era superior y mas fuerte. Pero, discordando los confederados, redujeron su negocio ó interes comun à contienda, porque estos desde su colonia de San Juan, todavia resentidos de los Luisistas, por un reciente escándalo ó tropiezo, y por no haberles pedido y rogado la alianza para el asalto que se acababa de hacer, y ofendidos ahora por el modo en que los habian convocado, se arrojaban mutuamente chispas de discordias. Aquellos reprochaban à los mismos dueños de las tierras el haberse realizado casi toda la sobredicha invasion poco favorablemente, por haber sido los primeros que habian huido, y dejado en el peligro à sus companeros; y por lo mismo reusaban volver otra vez à probar fortuna.

11. Se negoció con unos y otros: con estos de palabra, con aquellos por escrito, para que se concordasen y uniesen sus animos y las armas, casi con este cúmulo de razones: "Que no era tiempo de civiles disenciones, estando un enemigo extranjero à la puerta: que los hermanos las mas veces discordian para deshonra suya, cuando mas urge el mal que los amaga: que se debian unir las fuerzas para que cada una de por sí no fuese otra vez desecha, y por una fanesta disencion creciese al enemigo vencedor la audacia y soberbia: que las saetas una por una son fáciles de romper, pero nó siendo unidas: cuando se quema la casa vecina, todo ciudadano acude al socorro, y así como abrasándose una casa, toda la ciudad se volveria à cenizas si los ciudadanos ó vecinos no las defendiesen, así les sucedia à ellos." Estas y otras cosas semejantes les fueron propuestas, y pareció que se apaciguasen los ánimos. Añadió no poco peso una carta que llegó del cabildo de San Juan, la que persuadia à la union, y à la obediencia à entrambos capitanes.

15. Se esperaba de los Miguelistas, ó un escuadron auxiliar, ó sus respuestas. Tambien se decia, que los Nicolasistas y Concepcionistas ya venian: los Lorenzistas se excusaban de no haber venido antes de ayer, atribuyéndolo à la larga distancia: los demas preparaban sus armas, y habiendo sido enviados algunos à explorar, observaron la marcha y movimientos del enemigo, y con ansia pedian se juntasen prontamente todas las legiones. Mientras esto se decia,

se avanzaban hácia el Rio Grande, á quien los indios llaman *Igay*, esto es, amargo.

16. Estaba tranquilo el Rio Uruguay, todas las cosas estaban en silencio de parte de los Españoles, y aquel grande aparato bélico se quedo en proyecto; ni el invierno que ya habia empezado, permitía otra cosa. De la junta reciente que se habia celebrado, salieron por embajadores á los de Yapeyú, de cada uno de los pueblos de la otra banda del Uruguay, y tambien á algunos mas remotos, los principales caciques: porque como corrió la fama que los animos de aquellos moradores estaban discordes, y que unos con los próceres, se inclinaban con unanime sentir á la confederacion para reprimir al enemigo, y otros con el capitán del pueblo, no querian tomar las armas, fueron allí para renovar y promover la alianza, y atraer á su partido al capitán con todo el pueblo. A la verdad que estuvo oculto el ejército, pero esta embajada llenó de gozo á una y otra curia ó consejo: unió los próceres con el capitán, y al pueblo con los próceres, y portándose á su modo magníficamente, se volvieron á sus propios lugares, formada y pactada la confederacion: y juntamente contaron por cierto, que no se veía enemigo alguno, y sí solamente algunos ladrones y espías, que habian sido muertos y despojados de todas sus caballerías.

17. Por este tiempo el cura de San Borja, habiendo sido llamado poco há por los superiores, y habiendo sido enviado al de la Trinidad, se decía que tambien habia bajado por el Paraná á las ciudades de los españoles, y que otro habia sido puesto en su lugar; despues que primero el cura de San José por algun tiempo cumplió allí una comision y pesquisa secreta. Estas cosas sucedian en la frontera de los Españoles.

18. Y volviendo á los nuestros, y á los Portugueses, se acercaban ya los Miguelistas con su capitán, que poco há se habia retirado de los otros pueblos, (este era Alejandro, vice-gobernador de San Miguel) y la cierta venida de aquellos la publicaba la fama, y la confirmaba ó testificaba Sepé, uno de los mas famosos centuriones.

19. Entretanto se celebraba en el campo la semana santa con la devocion posible; y cumplidas las ceremonias y ritos de la iglesia, que el lugar y tiempo permitian, de la Commemoracion de la Pasion Santísima del Señor, al tiempo que en las iglesias cantan solemnemente el *Attulaya*, aparecieron dos piezas de artillería con sus

guardas y custodias. Bijando despues de los collados, y formados los escuadrones debajo de seis banderas, presentaron mas de 200 hombres. Saliéronles al encuentro los escuadrones Luisistas con sus dos banderas, y saludándose mutuamente, llevando su Santo Patron y otras imágenes de santos, (los que esta gente acostumbra traer siempre consigo) a una capilla hecha de ramos de palma, y habiendo corrido los caballos, y hecho á su usanza ejercicio de las armas, se fueron á un parage cercano, y se acamparon en lugar señalado para los reales.

20. El día siguiente, que era el de la Resurreccion del Señor, y 12 de Abril, celebrada antes la solemnidad, (es á saber, con procesion y misa solemne) uno de los capitanes se fué á los Juanistas, los que, aunque estaban vecinos, no acababan de llegar, y dijo, vendrian al día siguiente, esto es, el tercero de Pascua. Impacientes los Miguelistas de la tardanza, y estimulados con las antiguas disenciones, reusaban esperar, y estuvieron firmes en tomar solos con los Luisistas el camino hacia los enemigos.

21. Se les exhortó con razones ya sagradas, ya politicas: es á saber, ser débiles las fuerzas que no corrobora la concordia: que esta nunca la habria si se buscaban nuevos motivos de desavenencia; que no se debía solamente confiar en las propias fuerzas contra un enemigo que, aunque inferior en número, les aventajaba en el sitio, la destreza de las armas de fuego y la experiencia: que eran vanas tambien todas las fuerzas de los hombres, y vana la multitud, si el Señor de los ejércitos que nos fortalece no nos protege: que entonces no hay esperanza ninguna de victoria: que Dios aborrece las enemistades: que se ahuyenta con las discordias, y se enajena ó pone urño con las disenciones. El mismo predicador puso por exemplo su sufrimiento, que habia esperado por espacio de dos meses: y así esperasen un día, los que habian sido esperados por meses. Callaron los capitanes, y consintieron esperar hasta el día postrero de Pascua.

22. Los Lorenzistas volvieron otra vez con sus excusas, esponiendo la debilidad y cansancio de sus caballos, y por tanto decian, que enviarían 30 soldados al socorro, que ellos se defenderían por sus tierras, y por otra parte pelearían con el enemigo. Pareció frívola la excusa, porque los otros habían andado mas largos caminos en caballos asimismo causados; ni parecia que se debía contemporizar con los animales, estando en peligro la tierra. Y por tanto no se admitió la excusa, y se les avisó que si tardaban, custodiasen ellos sus casas, y

mirasen á lo porvenir. Tampoco pareció oportuno esperarlos, porque como estuviesen los demas distantes ó retirados, habian de causar una tardanza perjudicial, ni tan poquita gente (eran cerca de 60) podia dar tanto socorro para indemnizar el daño que se juzgaba causaria su tardanza.

23. Era ya el dia que debian llegar los Juanistas, y aun se habia pasado, y con todo no parecian, no obstante su campo apenas distaba tres ó cuatro leguas. Poco despues de mediodia, llegó del paso de San Juan el Alcalde de primer voto, que era enviado por el cabildo y los pueblos, para que tomase el gobierno en lugar del alférez real, quien mandaba su destacamento, y era el cabeza y caudillo de las disenciones; lo que ya se habia hecho saber á aquellos que mandaban en el pueblo. Luego al punto fue despachado, y se le encomendo diese prisa á los suyos: vino finalmente con algunos de ellos despues de visperas, y fué recibida como antes de ayer, de los Miguelistas. Pero se traslucía en todos su mal ánimo, porque venian sin banderas, sin pompa, y con un triste silencio, y la misma alma de la guerra, que son los tambores y trompetas, apenas resonaban. Con eso se ajustaron despues de visperas, y cada uno dió sus consejos, y pareció que todos conspiraban á una misma cosa.

24. Despues al dia siguiente, que era el 17 de Abril, al salir el sol, invocaron el Santo Espíritu del Señor con una misa solemne, y del modo que permitia el tiempo: no faltaron quienes se fortaleciesen con el sacramento de la penitencia y comunión. Despues hecha señal, enlazaron los caballos, los enjillaron, quitaron las tiendas, fueron á la capilla, y se ofrecieron al Señor con las oraciones y ritos que acostumbra esta gente. Finalmente á la faldra del collado se formaron los escuadrones, pasaron revista, los numeraron, y no pareció estaba entero ó cumplido el ejército, porque aun no habian pasado el rio los escuadrones de San Juan, ni los que estaban allí salian de sus reales, demostrando su ánimo no aplazado bastantemente. Los que entonces estaban presentes, pareció que llegaban al número de 200, debiéndose aumentar á 500 mas, luego que se juntasen todos. Entretanto se emprendió el camino con alborozos, á son de trompetas y cajas.

25. Pasado el rio Guacacay Chico, al pié de las mismas montañas, se hizo noche siete leguas distantes de la estancia de San Borja: la siguiente se hizo pasarlos los cerros de *Arvicó*. Habiéndose llegado á este sitio, salieron al encuentro los exploradores, los que allí fijaron un palo, y trajeron por novedad que el enemigo habia fortificado el bosque con faginas y garitas de tierra, y que

no pasaban el número de 50 hombres; empero apenas supieron decir cosa cierta. Se les mandó espusiesen todo lo que sabían; y habiéndoseles pedido despues á los capitanes su parecer, dijeron que nada importaba, que ellos irían intrepidamente confiados en el divino auxilio, en la justicia de su causa, en la muchedumbre de su gente, y también en la calidad de su artillería, mayor que la del enemigo. Se hizo alto en el mismo lugar. Con todo eso, la sospecha que recientemente se tenia de algunos de los pueblos, (es á saber que habia entre los Luisistas uno que tenia secreto comercio con el enemigo) parece que se confirmaba: porque la noticia de las cosas exploradas del enemigo, habiendo solo distancia de casi tres dias de camino; las continuas quemazones de los campos, hechas por los exploradores hácia los enemigos, y la misma tardanza en el andar de aquí, daban algun crédito á lo que se decia. Pareció á los capitanes que debian acreditar esta sospecha, lo que se ejecutó. Mas los Luisistas dieron claro indicio de su disgusto, cuando al dia siguiente, despues que se hizo el camino de casi siete leguas, acampamos en las orillas del río Yaquí ó Phacito; el capitán de aquel pueblo ofreció que él formaria el último escuadron, y mas distante del río, y de esta suerte mejor se cortaria á los suyos qualquiera comunicacion que tuviesen con el enemigo. La disposicion fué buena, pero la razon que se dió, manifestó el ánimo resentido del que la alegaba, porque "así (añadió) mejor se conocerá cual sea nuestra culpa."

26. En el mismo lugar se presentó uno de los que mandaban la artillería, y dijo no haber provision de pólvora mas que para cuatro tiros de artillería; y este aviso causó no poco cuidado, porque pedir ahora la pólvora á los pueblos, parecia imposible, estando distantes 100 leguas; y era verguenza, estándose ya cerca del enemigo, faltar el alma de los cañones, y mostrar las piezas mudas que no tronarian mas que una vez. Se pidió el parecer del capitán superior, mas este afirmaba que habia 17 cargas, y para cada canon cuatro; y aun mas, fueron traídas; entonces se vió claramente la mentira del artillero; con todo se sentia la poca providencia que se habia tenido en esto.

27. El sábado *in albis* se empezó á pasar el río Phacido ó Yaquí, y fué hallado mayor que lo que se habia pensado; porque en aquel lugar es mas ancho que todos los ríos que corren entre estos pueblos, si se exceptuan el Paraná y el Uruguay; por tanto se tardó en pasarlo, y apenas este dia lo transitaron los Miguelistas.

28. Al otro día, por una grande lluvia, con dificultad pasaron los Luisistas; y los Juanistas, como todavía esperasen socorro de los suyos, determinaron pasar con el ultimo escuadron, y así impedidos el lunes con la misma lluvia, cerca del anocheecer lo vadearon à nado, llevando à hombro sus cosas

29. Por este tiempo, pasado el Domingo, nuestros exploradores, à quienes por seguridad se mandó vigiar el campo, hallaron cinco exploradores Lorenzistas, que llegaron à los reales despues de visperas. Dijeron que tambien los suyos pasaban el rio unas pocas leguas distantes de aqui; y que tambien ellos habian de ser companeros del ejército en el camino. Uno de estos, à la primera noche, cuando todos dormian cerca del bosque, llegó herido terriblemente en la cara por un tigre: curósele, y habiéndose sido enviado al pueblo, los demás se fueron à los suyos à avisarles la llegada del ejército.

30. El Martes, habiéndose disipado el granizo y la niebla, se encaminaron ocho leguas, desde las orillas del Rio Yagu hasta el Rio Curutuy; y allí se acampó à la vista de un penasco del monte San Miguel, llamado del Lavatorio por los Ibiticaray. La figura de este penasco es del todo admirable, porque como de-de su raiz se eleva suavemente, de repente se levanta hasta la cumbre, y en el remate se endereza à manera de pared.

31. Miercoles 22 de Abril: aunque estaviese malo con garua y nubes, vistas las orillas del rio, lo hallamos crecido de tal suerte, que no teniendo en otras ocasiones apenas cinco pasos de anchura la puente que era indispensable echarle, se debia estenderlo à sesenta. Se fabricó dicho puente con palos clavados en el arroyo, afianzados estos portigos con varas, y sobre estas se entretejieron otras à lo largo: y así dieron paso à la gente. Por este puente, fabricado à toda priesa, las cuatro piezas de artillería se transportaron primeramente en hombros de los indios, y despues todo el tren de armas y caballos: hubieras visto con risa à un muchacho indio pasar à la otra parte su perro sobre los hombros. Pero la mayor dificultad y trabajo fué pasar las tropas de caballos, bueyes y vacas, que eran mas de 3,000; porque como el arroyo era rápido, y poblado en el medio de muchas malezas y arbolillos, à los que nadaban, ó del todo los arrebatava, ó los enredava, y tambien los sorbia y ahogava. Se echaron pues al arroyo, por una y otra parte, veinte nadadores, que impelian, arrinaban y forzaban con las voces y manos à los caballos, mulas y otros animales, hasta tanto, que todo aquel gran numero hubo pasado el rio. Al mediódia estuvo ya todo el ejército en la otra banda, y caminadas aun el mismo día dos ó tres le-

guas, cuando se había ya campado, 30 Lorenzistas, que seguían el ejército, lo aumentaron en algo, aunque menos de lo que se esperaba.

32. Seguíanse después la fiesta de San Marcos, y se invocó el auxilio de todos los moradores celestiales, con la misa, y letanias que se acostumbraban en la iglesia, dentro del toldo ó pabellon, porque el mucho heno ó verba, con la lluvia y tempestad de toda la noche, impidió la procesion, y porque todavía amenazaban las nubes un próximo aguacero. Hasta el mediodía estuvieron separados: mas tomadas las medidas militares, aunque un denso rocío humedecía la tierra, se caminaron tres leguas, y quizá cuatro. Esta noche el ejército se mantuvo en sus reales, porque los exploradores que fueron enviados antes de ayer no habían vuelto. El mismo supremo capitán había determinado ir á buscarlos, y habiéndolos encontrado después de entrada la noche, y pedidolos cuenta de lo que habían visto, ninguna cosa cierta digeron, sino que casi en este lugar y á la vista estaba el enemigo. Esta noche, y en adelante, se puso silencio á las trompetas y cajas, para que el enemigo no sintiese la venida del ejército: tambien la estrella llamada Sirio serenó la noche, y asimismo el día siguiente.

33. Al rayar este día se caminaron casi tres leguas, porque no se había de pasar adelante, si no es que incauto el ejército se acercase desnudamente al enemigo, y se presentase á su vista: fijáronse los reales, no en círculo como otras veces, sino en dos líneas, en orden de batalla, distante solamente dos leguas de los contrarios. Habiendo sido enviado por el río Azul arriba, hácia el norte, algunos que sonda en las aguas, por si acaso se hallase un vado mas fácil, porque en verdad no convenia pasar por el paso nuevo, ni tampoco por el que tenían fortificada con centinelas los Portugueses, para que de esta suerte el enemigo fuese acometido mas inopinadamente, y toda la tropa vadease el río sin obstáculo y repugnancia, mas facilidad y desahogo. Tambien algunos baqueanos fueron por espacio de una legua y media á explorar la fortaleza del enemigo, de modo que distáremos solamente media legua, del otro lado de un rincón ó ensenada de un bosque. Se conoció, que había dejado su primera situacion, y quemadas las primeras cabanas ó ranchos, se había situado poco mas arriba, en un collado lleno de monte, el cual, por la parte que mira y toca los dos rios, Phacido y Azul, acabando todo en un ángulo con el bosque, mostraba la tierra hácia la llanura: pero estaba esta fortificada con una estacada desde una punta del bosque hasta la opuesta: en el medio se veían palos clavados en la tierra para los ranchos, y algunos galpones del todo acabados. Se oyó tambien el tiro de una escopeta, al tiempo que se exploraban estas cosas, mas no se juzgó fuese señal del

enemigo que estuviese vigiando. Tambien se vió en el campo, de esta parte del rio, entre una alta maciega, algo que corria velozmente: se sospechó que fuese espia del enemigo, pero otros mas probablemente la juzgaron avestruz. Despues de vi-peras, se habló que ya no habia para el sustento del ejército mas que un poco de cecina cocida, de modo que no habia víveres sino para un dia, por la ninguna providencia que acostumbran los indios. Se mandó que al dia siguiente se depachase un mensagero á traer reses, y que entretanto se disminuyese la racion á la tropa. Esta disposicion, sin embargo, no podia ser bastante para que el ejército por algunos dias no padeciese hambre. En el sitio de la vigia ó atalaya se mantuvo, con algunos soldados escogidos, el mismo capitan Sepé, miguelista.

34. Entro la noche con un horrible aspecto hácia el sud: toda estuvo frigidísima, y tambien el dia siguiente, 27 de Abril: con todo volvieron los exploradores que habian ido por una y otra parte. Estos digeron, que no se veia en la frontera movimiento ninguno del enemigo. Aquellos aseguraron que el vado que se habia hallado no estaba muy distante de los rios, ni del sitio del enemigo. Al amanecer, pues, se arribo hácia allí todo el ejército, y abriendo camino con las hachas, por medio del bosque, que está de una y otra parte, se movieron al medio-dia los reales hácia aquel sitio, dejando atras solamente algunos enfermos, con el custodia de sus almas, ó sacerdote.

35. El dia 28 (Domingo) todo el ejército se ocupó en armar un puente, tal cual se hizo en el rio Lavatorio, aunque este era mayor, y necesitó el trabajo de todo un dia. Entretanto, llevaron todos los caballos á un valle, que con amenidad se estiende por las riberas del rio Verde, y tambien hicieron pasar allí al pastor de sus almas, con los demas, para que estuviesen seguros. Al ponerse la luna, en lo mas intempestivo de la noche, marcharon contra el pago de los Portugueses, avanzaron á cuatro casa, mataron dos negros, habiéndose escapado en el bosque inmediato dos portugueses con sus mugeres, los que de allí fueron á la fortaleza á dar noticia del enemigo que los acometia: tambien quitaron al enemigo una partida de caballos que pastaban en aquel mismo lugar, quedando muerto un Lorenzista. Demas de esto, al amanecer se acercaron á la fortaleza, haciéndoles la niebla mas fácil el acceso, y lo que era de admirar, que estando en otras partes clara sobre el fuerte, estuvo mas espesa para los que la miraban y asechaban desde el alto, lo que dió esperanza de victoria. Mas á la verdad, no sé porque caso ó desgracia, no supo aprovecharse de ella el pueblo. Aaltó una y otra vez, y sufrió por casi dos horas mas de mil tiros de fusil, y tien de ocho piezas, siendo dos de las mayores: pero sin dano particular, porque nunca avanza-

ron del todo. Mientras el gefe principal de los indios, valerosamente mandaba y animaba á los suyos, salieron tres negros por una oculta abertura de la tierra, y uno de ellos atravesó por el pecho al su premo capitán llamado Alejandro, del pueblo de San Miguel: no obstante dos de ellos pegaron con la vida su atrevimiento. Despues, acercándose mas á la artillería, y sin cautela, á otro soldado Lorenzista lo mato un balazo: pero no murieron mas que estos tres. Fué herido gravemente un Luisista con seis Migueltas, y su capitán levemente. Creo que ningún Juanista fue herido, porque la mayor parte, mientras se estaba en el conflicto, se mantuvo en la otra parte del rio, comiendo sus ollas y asados, y el capitán de ellos, entrando desde el principio en el bosque, no se sabe donde fué á parar. Finalmente retrocedieron los nuestros, y por esto, animándose el enemigo, salió de la fortaleza, en número de 200, trayendo consigo dos piezas: por lo cual, aturdida la gente, comenzó á desparramarse, y dejó por despojos al enemigo el mayor canon que tenia.

Se llegaron á razones: primeramente dijeron: haya paz entre nosotros, y cese la guerra, porque en nuestros corazones no abrigamos enemistades contra vosotros, ni poseemos temerariamente esta tierra, sino por mandado de vuestro Rey, y del Gobernador que en su lugar la gobierna, y tambien con consentimiento de vuestros padres, (juazo que entendian aquel que de Europa vino á este negocio) y de algunos de vuestra gente: dejadnos gozar de esta tierra, cuando por otra parte no nos esperimentais molestos (si es que se puede dar crédito á estas razones): volvednos tan solamente los caballos que nos habeis tomado. Sepó, aquel célebre capitán de los Migueltas, el cual entonces mandaba la artillería, y sabia hablar algun tanto español, y era un poco conocido de uno de los Portugueses, porque ahora poco él estuvo en los limites de las tierras de San Miguel con los demarcadores) se allegó mas cerca, convidado por ellos á entrar en la fortaleza á tratar de la paz y de los caballos que habian de valverse. He aquí (¿quien lo creyera!) que se dejó enganar de los enemigos, reclamándole, y disuadiéndoles los capitanes amigos, y se cuenta, que fué recibida honoríficamente, presentándole las armas. Despues, viendo que lo habian recibido con tanto honor, 11 subditos de su jurisdiccion, todos de á caballo, y con el ejemplo de estos, seis Luisistas, un Juanista, (porque acaso no habia mas) dos Lorenzistas, no siendo llamados ni forzados, y mas probablemente, afirman algunos, que los primeros fueron cautivados con otros 11, á la manera que un incauto ratoncillo se vá á la trampa, le siguieron como una manada de cabras, que estando ciego el chivato, que sirve de capitán al rebaño, perece con todas ellas.

No bien habian entrado, cuando ya por todas partes fueron cer-

cados del enemigo armado, y se hallaron cautivos. Hallándose con esto hecho perpleja la demas turba, aunque alguna parte se mantenia constantemente á la vista, finalmente volvió las espaldas, y se retiró á la tarde á sus reales: aunque no enteramente, porque temerosa la fama, anunciaba la entrada del capitán con alguna gente, pero temia promulgar que estaba cautivo. Luego al punto se mandó dos y tres veces, que volviesen á pasar el rio los caballos que se habian quitado, y que no tarlasen, por si acaso por esto tuviesen cautivos á los soldados que habian de ser redimidos.

36. Cumplieron con lo primero, mas no pudieron ejecutar lo segundo, porque á medida que los soldados pasaban su caballo, se lo tomaban para sí, y al amanecer, siendo los primeros aquellos que en allegarse eran los últimos, tomaron una gran parte de los caballos del enemigo, se volvieron los Juanistas, despues de sepultados los dos muertos. Las partidas de los demas pueblos, despues de haber cantado solemnemente ayer á visperas el re-ponsoria por el capitán y los soldados, en el valle en que estaba su pastor de almas, y estándose ante él, comenzaron á retroceder. Hallándose caminado un poco, se presentó un explorador, y dijo, que los Portugueses pedian sus caballos, y prometian por su parte la libertad de los cautivos: mas aquellos habian ya caminado tanto, que sino despues de visperas, pero ni aun al día siguiente se podian juntar: porque como los Juanistas tuviesen muchísimos, que ya habian pasado el Rio Curutuy, muchos Luisistas, que tambien habian caminado mucho, no pudieron reunirse á la gente esparcida, y antes bien lo reuaban. Llegaron á grandes pasos, ó con precipitada marcha en el mismo día cerca del Rio Curutuy, ó del Lavatorio, y se hizo en medio día el camino, que á la ida necesitó cuatro, porque siempre la vuelta tiene los pies mas veloces. A la verdad, el pueblo ó ejército habia concebido tanto temor del enemigo, que de ninguna suerte se habia quien quisiese llevar á la presencia del enemigo los caballos, si estuviesen á mano. Anduro un capitán dando vueltas para recogerlos, y viendo el último escuadron que estaba parado cerca de la fortaleza del enemigo, no temió manifestar claramente su miedo, y hablar á voces á los suyos de esta suerte: "Caminemos, les dice, paianos míos, porque pereceremos con los otros." Los reales esta tarde se formaron escondidos en un profundo valle, sobre un arroyito distante del enemigo ocho leguas. Se hizo toda diligencia por redimir los cautivos, pero en vano, y lo que mas se sentia era la cautividad del capitán Sepé, comandante de la artillería. Mas cuando estas cosas se trataban, hé aquí, corrió un cierto rumorillo, que el capitán Sepé á pié seguía el ejército: despues, habiendo llegado un muchacho, confirmó la venida, porque venia á llevar vestido y caballo para el cautivo que se volvía, y por fin, se presenta el mismo capitán

Sepé apenas entró la noche, temblando con el frío y la eximata, y sin negar la verdad, contó su suerte; es á saber, que ayer, habiéndolo sido encerrado en el castillo enemigo, y llegando la tarde, fue mandado montar á caballo sin armas, sin espuelas, pero sí vestido, y cercado de 12 soldados armados, se le mandó bescarse los caballos que se habían perdido. Habíase ya apartado un paso de la fortaleza, cuando un indiecillo, viendo cautivo á su capitán, (no temiendo nada el simple) se llegó al enemigo, y le avisó que ya los caballos habían sido llevados á la otra parte del río: lo cautivaron en premio. Comenzó otra vez el capitán Sepé á pedir licencia para pasar el río, y solicitar la entrega de los caballos: mas los compañeros negaron el poder hacer esto, sin saberlo el gobernador del castillo. Habiendo sido consultado, se le rogó diese licencia, enviando un soldado que le diese parte: pero trajo la negativa. Anadió el cautivo capitán: «vosotros que deseáis poseer los caballos, dadme licencia para hablar con los míos, sino, aunque no querrais, me iré, si me diere gana, y ayudaré á mis compañeros.» Esta audacia se recibió con risa, y le contestaron: «estando cerca de 12 armados, ¿erás capaz de irte?—Se promovió una controversia: Sepé afirmando la huida, si la quisiese tomar, y los Portugueses riendo, porque la juzgaban imposible, y tenían por vanas sus amenazas; pero el hecho las probó verdaderas; porque como una y otra vez le preguntaron ¿como podía hacer esto? les dijo: veí ahí; y asorando el caballo con la voz, con el azote y con alaridos, se les escapó, y llevado en el pegaso, que parecia que volaba, se encaminó hácia el río y bosque, quedándose espantados, y no atreviéndose á seguirle los soldados de á caballo, porque aun las huellas de los 12 fusiles con sus llamas, parecia que no lo alcanzarían. Llegando empero Sepé a la orilla del bosque, quitándole el freno al caballo, se escondió en los árboles, y pasado á nado el río al otro día, siguiendo los raudales que se retiraban, fué recibido en ellos con gozo increíble. Esta misma noche se huyeron de las manos de los enemigos dos mozos, los demas quedaron cautivos. Se trató otra vez por medio del mismo capitán Sepé acerca de la lista de los cautivos, ofreciendo los caballos y mulas de su pueblo, si los que los tenían negasen los suyos á los Portugueses, y cierto es que persistieron en negarlos. También los Miguelistas no asintieron en esto, antes bien no se hallaba alguno que se atreviese á acompañar la lista, ó llevarlos á tierra del enemigo, aunque estuviesen á mano. En verdad que ellos tenían lastima de sus compatriotas, y especialmente de las mugeres, que tan infelizmente habían quedado viudas, y de sus hijos huérfanos. Mas ¿quien hay que crea al enemigo que una vez engañó? A un amigo, si una vez mintió, no se le debe creer la segunda, al enemigo empero nunca. La verdad es, que se temia no fuese que acaso recibiese el enemigo con acerbanzas, ó doblez á los que trataban de la redencion de los suyos; y con la artillería y fusiles recobrasen los caballos y retuviesen los cautivos, quedándose con unos y otros.

37. En este estado pues de cosas, pareció conveniente fortificar con un presidio el residuo de tierra, que está entre los ríos Verde y Phacido, y para mayor seguridad de los presidarios, pareció oponer un castillo al del enemigo. Se habló con los Luisistas sobre dejar por ahora en esta tierra un presidio con 60 hombres, y hacer una fortalecita, de la cual cada semana saliese un detachmento á correr toda la tierra; porque no fuese que en algun escandrijo se estableciese el enemigo, y levantase fortalezas difíciles de destruir á los indios, que no saben, ni sufren el sitio ó combate. Empero no asentian los soldados, y no se podia juntar facilmente quienes se atreviesen á trabajar. Finalmente, dejando á cada cual lidiar con su genio, se señaló y escogió el lugar para la fortaleza futura, por si acaso la quisiesen hacer.

38. Comenzando hoy el mes de Marzo, se pasó con sumo trabajo el rio Curutuy, y cerca de visperas, tambien el Yaguy, y caminadas tres leguas mas, á grandes jornadas por via recta, con camino y espacio de dos dias, llegamos al pié de la montana de San Lucas, y habiendo con realidad pasado la cercania, aunque continuaban las Nevias, y los rios estaban crecidísimos, apartándonos de muchos arroyos pantanosos, á 3 de Mayo llegamos, sin ser esperadas, al pueblo de San Miguel, en el mismo dia de su aparicion: y no sucedió en el camino otra cosa digna de memoria, sino es que la trizteza puso en suma conternacion al pueblo. Cada cual del ejército, que se habia dividido, se volvía á sus estancias y pueblos, muy de-pacío, mirando por las cabalgadura, quedándose unos pocos por todas partes á explorar los movimientos de los enemigos, sus discursos, y prohibirles sus invasiones.

39. Cuando sucedian estas cosas con menos felicidad en los límites de los Portugueses, se esparcian en las ciudades de los Espanoles nuevas amenazas y nuevas mentiras. En 28 de Febrero habia llegado el navio llamado la *Insora*, y tomó puerto, dando noticia del obstinado animo del secretario del Rey, el que se afirmaba cada vez mas en tan grandes injurias. Tambien avisaba que el confesor del Monarca, aunque muy bien conocía aquella iniquidad, y de tal suerte era estimulada de su propia conciencia, que recelaba se oyese llamar ante el juez y autor supremo consejero de una cosa mala, con toda, desconfiando de la pusilanimidad del Rey, y temiendo no fuere que cayese de animo oyendo tan enorme maldad, llevado de humanos respeto, determino ocultar este negocio al príncipe; y antes bien pedir una y otra vez dejacion de su oficio, pero que era detenido por las lágrimas del Monarca; y que finalmente, con los estímulos de su conciencia, se habia visto obligado á declararle cada cosa de por sí. Así lo dicen las cartas escritas por el mismo confesor del Rey, dirigilas al digno Superior de Misiones.

10. Que cosa dicho navio haya traído á los gobernadores de estas provincias, acerca de este iniquísimo tratado, no se sabe; pero es cierto haberse entonces convenido por entrambas partes en la Isla de Martín García; aunque mucho antes estaba destinada para esto, y haberse allí acordado, que á 15 de Julio el ejército español hostilizase, sujetase y obligase á obedecer los mandatos al pueblo de San Nicolás, y el Portugués al de San Angel. Llegó esta sentencia á mediados de Mayo, y tambien con esta, de parte del Comisionado general, una nueva amenaza del ultimo exterminio; y finalmente, por la importunidad de este, fué sacada por fuerza del Provincial de la provincia la declaracion de estar muerta o perdida toda esperanza. No obstante, llegó tambien un secreto aviso del mismo Provincial, por segura y duplicada via, que se dirijia particularmente, y habia de intimarse á los que fueron capaces de secreto: que no se arredrasen con estas amenazas, ni aun con las suyas, aunque pareciese no tenían límite, porque eran vanas y mortales todos estos rayos, y que no habian espirado del todo las esperanzas que se tenían, antes bien que estaba muy cerca el remedio.—Añadia á estas cosas una carta de un cierto asesor del consejo, que decia: "Que todo este aparato de la junta de la Isla de Martín García, y las amenazas hechas, eran patranas ó chismes." Fortalecidos con este aviso, los enemigos Uruguayenses esperaban la feral sentencia, cuando se ponian amarillos, se turbaban y se consumían con el miedo los del Paraná. Pero esta jamas vino, estando ya Junio muy avanzado. Se sospechó entonces que habia sido suprimida, y que, pareciendo del todo frustrada o vana su intencion, por no ser expedida del Consejo, tambien habia peligrado que no hubiese sido pillada y extraviada por los indios, comoviese sus ánimos, levantasen nuevas tropas, y las concitasen contra el mismo Provincial, exasperando y cebando á perder todas las cosas.

11. La gente de Yapeyú aviaba aun, que 100 familias del mismo pueblo se habían ido al Río Negro, otras tantas al paso de las Gallinas, ó al río Gueguay, á servir de presidio á sus tierras y de impedimento al enemigo, si las infestasen. Se decia que los de la Cruz habian acometido las estancias de los españoles Taraguís, ó Correntinos; y habiendolo hecho huir los vecinos, les habian quitado un gran número de caballos y otros animales. Corria la voz de que los Nicolasi-tas tambien habian traído cautivas algunas mugeres del río de Santa Lucia; y aunque ya el término de la transmigracion se pasaba, ni el año para acabarse distaba del 15 de Julio mas que una semana, no se sentia movimiento alguno del enemigo, aunque corria un falso rumorillo que los Españoles habian esparcido, de que unos esploradores españoles habian entrado hasta los sembrados de un pueblo, y que habian hallado desamparados los campos, y vacío el mismo pueblo: que tambien los Portu-

gueses no distaban de San Angel mas que veinte leguas; sin que por el mismo tiempo faltasen varias cartas secretas, las cuales daban indudable esperanza de que pasaria la tempestad. Treinta Luisistas armados, con el capitán del pueblo, salieron contra los Portugueses que estaban en el rio Verde, para mudar sus centinelas por causa del invierno, que con las lluvias todo lo inundaba. Cuarenta Lorenzistas asimismo se fueron á los últimos términos de sus tierras, á fabricar un propugnáculo en el castillo del mismo rio Phacido, volviéndose otros tantos en lugar de aquellos. Fueron tambien enviados exploradores, rio Uruguay arriba, porque hacia aquella parte se vieron estos dias humear los campos, á ver si por ventura por aquella parte se quisiese explicar el enemigo. Entretanto, vino antes de aver un cierto español, que decia tenia órden para averiguar porque los indios eran tratados como esclavos y no como libres, diciendo que la corte le habia dado esta comision? Pero no en balde se creia impostura ó fábula, porque no mostraba nada de su potestad por escrito, como despues se vió claramente: sobre todo, porque no buscaba otra cosa que hacer trato, porque deseaba vender una gran cantidad de hierro por precio bastante bajo, y pedia á estos pueblos muchos caballos, vacas y bueyes para la guerra. Pero fué en vano, porque los indios, azorados con la guerra, antes buscaban ellos caballos y molas que comprar, que darlas á vender. Cuando sucedian estas cosas, Junco se pasaba, y la fama descaradamente mentia, ó fingia, que 3.000 Españoles habian salido de Buenos Aires, y otros tantos Portugueses, de la Colonia del Sacramento, con los Capitanes Generales de las Provincias.

12. Finalmente, no sabiéndose nada de cierto, llegó el 15 de Julio, aquel término fatal, como decian; y he aquí que por ambas partes habia un profundo silencio, aunque se decia que el Gobernador de Buenos Aires á 5 de Mayo habia salido de aquella ciudad á los reales españoles que estaban en el paso del Uruguay, que se dice de las Gallinas; que tambien Gomez Freire, Gobernador Portugues del Rio Janeiro, habia movido sus reales hácia el Rio Grande, asegurando la voz y fama, que 60 marineros con ocho ó diez lanchas, cuyo capitán era Juan de Echavarría, subian por el Uruguay, con el fin (como se decia) y precepto, que poca ha se habia acordado en la isla de Martin Garcia, que á 15 de Julio acometiese el ejército español al pueblo de San Nicolás, el lusitano el de San Angel, y las lanchas armadas por el rio, para que estas impidiesen los socorros del Paraná, y aquellas obligasen á transmigrar, ó mudarse á los habitantes de estos, ó los destruyesen á fuego y hierro si se resistiesen. Porque decian así—que los indios y los Padres, luego que viesen que se obraba de veras, y comenzasen á experimentar la guerra, habian de amedrentarse, y salir al encuentro de los ejércitos, mas inmediatos, rogando ó pidiendo la paz, y con profunda

humildad entregarían las armas, les pedirían perdón de la resistencia, y entonces se les concedería en nombre del Monarca: pero con estas condiciones: que, se permitiese a los ejércitos ir y discurrir por donde quisiesen: luego al punto llevarían, ó enviarían las cosas móviles y señovientes, dejando á los Portugueses la tierra, campos, pueblos y pasos: pero si hiciesen al contrario, infaliblemente todos, como si fuera uno, habían de ser muertos á hierro y fuego. Estas amenazas, aunque siempre pareciesen locuras á todos los de animo esforzado, lo uno por el pequeño número de la tropa (porque ahora bajaba de punto la fama su mentira) no siendo ya los Portugueses mas de 1,600: lo segundo, porque los Espanoles marchaban desarmados, y esto despues de haber pasado un desierto de 200 leguas por tierra, en tiempo de invierno, contra 20,000 armados, (si todos los varones tomasen las armas) que se les habían de oponer en sus tierras: con todo, tenían algunos, y clamaban los pusilánimes *finis venit*. Estas cosas, vuelvo á decir, aunque las divulgase la fama, ya casi se tocaba al 15 de Julio, y otro correo trajo la noticia de que el Gobernador de Buenos Aires se había vuelto a dicha ciudad cercano á la muerte; que muchísimos espanoles se habían deserta-to: que innumerables caballos con el invierno habían perecido; que toda la ciudad de Buenos Aires padecía una gran seca; que algunos millares de indios del sur (Iaman-e, Aucás, Tucles y Puclos,) habían venido á invadir la ciudad, y finalmente que, sabiendo esto los cristianos, estaban ya prevencidos á obrar contra los indios. Que los lusitanos estaban conternados por 200 de los suyos que habían sido muertos (no se donde) por mano de los indios. A mas de esto, tambien que el Gobernador del castillo, que en el Yobí poco há había sido invadido de los indios, había manifestado al General Gomez, que con dificultad el había resistido á esta invasion, con el castillo y guarnición, porque eran audaces y temerarios los indios, y no tenían el fuego, ni el número de soldados: por tanto que vése con quien se ponía, y con quienes emprendía la guerra: y que el mismo Gomez Piñe ya pensaba en la paz. Que el Provincial tambien había pelido las malas para venir á estos pueblos, lo que no haría sino burlarse de la esperanza de paz, habienlo mantenido, y probado muy bien en Roma, que el apenas se creía capaz de cargar con el peso de esta provincia, estando tan turbada. Y finalmente corria por entonces cierto rumor, que habiendo vuelto los exploradores de Yapeyu, los cuales rio abajo vigilaban los movimientos de los espanoles, habían dicho, sin asegurarlo, que aquí su per-eguidor había sido llevado á Lima, *nando mungcio hare oguechima Lima yape*. Se espera mas cierta noticia de esto.

43. Fenecía el mes de Julio, cuando unos correos de Yapeyu, volando á corriendo, avisaron que en el salto del Uruguay se veían 20 bandas de es-

pañoles: que los exploradores cruzeños se habían encontrado con los exploradores españoles, y que les habían oído decir, que por mandato de los generales del ejército se acercaban: que cuatro religiosos, de la familia del Seráfico Padre San Francisco, habían de venir á Yapeyu, á las fiestas del gran Padre San Ignacio, á mover con actividad las cosas de la transmigración: y habiendo llegado el teniente del corregidor de San Nicolás, había traído cartas del Capitan General *D. Nicolas Nunguiri*, corregidor de los Concepcionistas, que pedían socorros militares o gente armada: se determinó que después de la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, partiesen las tropas de cada pueblo. Entretanto, la fama con tres correos consecutivos consolaba los tristes, porque decía que en los campos de Yapeyu había llegado un escuadrón de españoles, á un pequeño pago, llamado de Jesus Maria, que está situado cerca de los saltos del Uruguay: pero habiéndolo mandado parar el indio superior del pago, y que se volviese á sus tierras, y habiendo afirmado que sus compatriotas de ninguna suerte se habían de mudar, y que ni los otros pueblos habían de permitir la transmigración, ofendidos de la libertad del indio que se resistía, habiéndolo amarrado, lo llevaron con los suyos al resto del ejército. Esparcido este rumor por los vecinos estancieros, los excitó á tomar las armas, y habiendo llamado y convocado las tropas de Charruas, Miminanes y Guanoas gentiles, que andaban vagando por estos campos en lo mas intempestivo de la noche, acometieron á todas las tropas de los españoles: á algunos depojaron (se dijo que fueron 50), á otros obligaron á huir, quitaron toda una caballada, y pusieron en libertad á los prisioneros. Estas cosas sucedían en el Uruguay.

En el rio Phacido, los exploradores Luisistas salieron de su ya destruida fortaleza, y acercándose á la de los Portugueses, hicieron huir tres guardas de los caballos, que los apacentaban junto á la misma fortaleza; y habiéndoles tirado en vano un canonazo desde el castillo, quitaron al enemigo una tropa de 11 caballos.

11. De Europa avisaron por Lima, que el confesor del Rey, venido al fin de los estímulos de su conciencia, había declarado al Monarca *in teum* el estado de las cosas de los indios: que se había horrorizado su Magestad, y que luego al punto había mandado juntar el Consejo de los Proceres, y que había tambien convocado las Universidades á junta, para que diesen y examinasen, si los indios, que sin armas y de su propio *motu*, por la sola predicación se habían sujetado, y rendido á su protección sus tierras, y si estos, así libremente sujetos, podían ser licitamente despojados de sus tierras, y algunos otros puntos. Todavía no se sabe el fallo de los consejeros, pero se espera que la justicia de la causa obligará á los jueces á dar una justa sentencia.

15. Entretanto, los pueblos situados á la otra banda del Uruguay, con los de San Nicolas que están de esta, juntaron á toda prisa 11 partidas contra los Españoles que se iban acercando: á saber, los Concepcionistas, las Nicolaistas, los Tomistas, y finalmente los de la Cruz, los de los Apostoles, con los de San Carlos y San José, los de San Xavier, y tambien los de San Borja: pero, habiendo mudado de parecer, se apresuraban á unirse á los de Yapeyu. Demas de esto, los de los Martires, que ahora poco há, persuadidos del cura, se habian resuelto á marchar, se quedaron atras: así decian, pero falamente, porque se fueron despues en canoas por el rio Uruguay. Solo un indio, unico del pueblo de Santa Maria, que poco há habia sido depuesto del cargo de capitán de dicho pueblo, con algunos pocos companeros, se fué á los reales de los suyos á aumentarlos, no en número sino en ánimo: se contaban 150 de cada pueblo, y no es bastante cierto si se juntaron tantos ó menos. De los demas pueblos de la otra banda del Uruguay, se juntaron tropas auxiliares de 25 hombres de á caballo, y 60 á pie del pueblo de San Miguel; mas un nuevo caso ó suceso, y otros nuevos avisos, obligaron á quedar en sus límites.

16. Era el dia de la fiesta de la Asuncion, cuando tres Luisistas, que poco há con astucia y perfidia habian sido cautivados en el Rio Verde, (ó como dicen los Portugueses, *Pardo*, siendo por ellos mas conocido con este nombre) el dia antes de la fiesta se aparecieron en este puerto, cuando menos los esperaban. Estos contaban las siguientes cosas, es á saber: que despues de haber pasado dos semanas de cautiverio en la fortaleza del Rio Pardo, los llevaban rio abajo en una lancha á otro fuerte de los Portugueses, situado en la boca del Rio Grande, y de aquel grande estanque, para que fuesen presentados al Virey y autor de todos estos males—el iniquísimo Gomez Freire. Eran 50 los cautivos, custodiados por 15 ó 16 Portugueses que los acompañaban. Por lo que, vista tan pequena guardia, y inclinados por algunos españoles que iban allí, los cuales dijeron que los llevaban á matar, conspiraron en matar la guardia, y ponerse en libertad, y no prevalecieron los pareceres de algunos que no aprobaban el motin por defecto de armas y discordia de los ánimos. La última deliberacion fué contra los Portugueses, y así inopinadamente acometieron á los guardas, que acabo iban gobernando los remos y velas; y habiendo muerto al capitán y otros dos soldados (aunque las cartas de Gomez Freire numeraban diez, como se verá despue-) salieron los demas, y habiendo atacado con armas á los que estabau desarmados, obligaron á muchos á arrojar al agua. Navegaban por medio del gran rio, por lo que ahogados algunos por las rápidas olas de aquel, casi otros 20, que iban nadando, perecieron á escopetazos. Quedaron vivos solamente 16, (no sé por que causa) las que

fueron llevados á la fortaleza, en donde, habiendo sido examinados por Gomez Freire, los mando volverse á sus pueblos, con cartas llenas de quejas y amenazas. Los dos españoles que iban presos y encadenados, no sé por que delito, fueron mandados que acompañasen á los indios, y fuesen las cartas, y traje en las respuestas, si viviesen. Los primeros que llegaron con estas noticias fueron tres Luisistas, después otros tantos Lorenzistas; dos Juanistas se quedaron en sus estancias, y así mismo seis Miguelistas, de los cuales uno enfermó en el castillo de los Portugueses, de viruelas (peste cruelísima para los indios); otro murió de la misma enfermedad en las estancias de San Lorenzo, en donde también aquellas dos españoles, como se penaba, acabaron la vida, lanceados. Los otros cuatro, porque no fuese que trajesen la peste al pueblo, se les mando se estuviesen en los campos de sus estancias; y ya comenzaba á cumplir, porque, habiéndose muerto algunos Lorenzistas, los Miguelistas, tomando con ansia los vestidos, trajeron la peste.

17. Demas de esto, avisaron estos recién venidos, que Gomez Freire habia llegado al río Verde con 50 piezas, nueve barquillos, 2,090 soldados y 2,000 caballos: mas parecia del todo increíble este numero, aunque lo afirman los Portugueses con la ponderación que acostumbran los soldados; y que otros 2,000 estaban listos en el Río Grande ó en los Pinales; los que se componian de hombres Paulistas, (que tienen propiedad y costumbre de vender lo que no es suyo, á los que en el pais llaman *Gauderios*). Empero los indios, testigos oculares, decian que apenas llegaban los soldados al numero de 600 ó 700; lo mismo referian otras cartas de algunos capitanes españoles, que militaban entre los Portugueses, que no pasaban del numero de 1,150; que muchos caballos se les habian muerto, y probablemente se les habian de morir todos con la seca; y que una embareación de algunos artilleros se la habia tragado el mar. Contaron ademas, que entre los soldados se iba entrando la peste, de camaras de sangre y viruelas; también por este tiempo corria el rumor, y no falso, de que seis españoles habian llegado de Buenos Aires con nueve cartas, al pago de San Pedro, que es de los de Yapeyú; mas que los estancieros, habiéndoles quitados las cartas, habian muerto tres, salvándose los demas con la huida, y estaba entre los muertos un hijo de un regidor, que es ahora, y en otro tiempo fué Teniente General de la Ciudad de las Corrientes, como se supo por las cartas del padre, que inconsideradamente pedía se le diese sepultura eclesiástica, y los arreos del caballo.

48. Con mas lentitud que lo que convenia, temban los armas los indios, cuando el enemigo amenazaba seriamente. Juntáronse los cari-

tanes Lorenzistas y Miguelistas, eligieron otra vez otro del mismo pueblo en el oficio de teniente y supremo capitán, sucesor de Alejandro que había sido muerto, y después del día de San Miguel recogieron las tropas. Entretanto llegó un aviso cierto, que los Portugueses se habían apoderado de las colonias del río Yaguy, y que intentaban pasarlo; y que, habiendo hecho señal con un canon de los mayores, llamaban á los indios para que hablasen, se entregasen y sujetasen. Pero ellos en nada menos pensaban que en esto, porque, apareados todos en uno, reusaban, ó no querían entregar las tierras de sus antepasados en manos de un enemigo que les había sido siempre pernicioso. No obstante había cierto fundamento, no sé si verdadero ó falso, que el teniente de San Lorenzo, quien gobernaba la partida de presidarios de dicho pueblo en las vecinas estancias, había llevado á los reales de Gomez Freire los dos sobredichos españoles, y que en ellos estaba detenido en rehenes. Mas después se supo que habían errado en la parte segunda ó posterior, porque el dicho teniente, habiendo hablado con los Portugueses, y habiéndoles ofrecido libremente entrada á sus tierras, les dió mucho ganado para su alimento, pero con el fin ó estratagemma, que luego que saliese el Portugues á las campañas abiertas de aquellas tierras, de entre las espesuras del bosque, cercalos por las de San Luis, (porque los indios pueden pelear á caballo con increíble destreza, siendo los del Brasil torpes en este genero de milicia;) los atacase la caballeria de los indios en sus tierras, y tambien con numero incomparablemente mayor que los Portugueses; que venian de lejos en caballos canatos con el haubre y consumidos con los frios, lo que ponía á los indios iguales en las armas á los Portugueses. Esperaba pues dicho Lorenzista, que si les sacase á las llanuras de aquellas sus tierras, los había de acabar ó derrotar con el ímpetu de su gente y caballos: pero como casi penetrase el intento Gomez Freire, se retiró fuertemente, y no quia salir de entre los montes y breñas. Cierta india fugitivo, baqueano de la tierra, y natural de San Borja, que de muchos años á esta parte se había huido de su pueblo, (como suelen los indios malhallados con la enseranza, y deseosos de vida mas libre) y habitaba en las solejadas de los bosques que terminan las estancias de los pueblos, con no pequena tropa de los de su mismo proceder, saliendo de cuando en cuando á las vecinas estancias de San Miguel, arreaba gran numero de caballos y ganado, no solo para su alimento y de los suyos, sino para contratar con los Portugueses. De cinco años á esta parte, poco mas ó menos, comenzaron los Miguelistas en las cabezas de sus tierras á perseguirlo como ladrón; y si cierto sacerdote no hubiese intercedido al capitán de los estancieros, lo hubieran muerto, como lo tenía bien merecido. Pero dejándolo vivo, lo llevaron á su pueblo con casi 20 de sus paisanos ó companeros. Apenas había estado en este pueblo un poco de tiempo, cuando en el silencio de

la media noche se fué á incorporar con 60 gentiles de la nacion Minuana, que poco ha se habia agregado al número de los catecumenos, y persuadió á muchos que se huyesen; hallándose el cura á la sazón en ejercicios en el vecino pueblo de Santo Tome. "No creáis, decía á los Padres, que inmediatamente os han de llevar con calenas y grillos á las ciudades de los españoles, para que seáis esclavos de ellos: ¿por ventura no advertís que os atraen con sus halagos á este fin?" El cura se habia ido á un pueblo vecino al río. Habia llegado otro sacerdote, que no estaba bien impuesto en la lengua, con motivo de confesar á un indio herido de un tigre. Habia sido enviado antes por los españoles, y era tan viejo, que desvariaba, sin poder tomar sueño, con una enfermedad que habia contraido en el camino. A este decía el embustero, que los españoles venian: "creedme, anadia, que si esta noche no os escapáis, acaso mañana estareis cautivos." Finalmente, persuadidos con estas y semejantes mentiras, se huyeron todos, á excepcion cuando mas de 10 mugeres y niños, quienes estando ya bien hallados con aquel racional modo de vivir, compraron de sus padres á precio de lágrimas la licencia para que las se. Unos tomaron con tesón la huila hasta el río Ibiény ó de Arenas, otros hasta sus orillas, otros se escondieron por los campos y bosques vecinos á la vista del pueblo, para ver si sucedia algun mal á los suyos que se habian quedado. Pero, habiendo vuelto al amanecer el cura, ó impuesto de lo acaecido, recojió á los fugitivos y, por sentencia del Superior de Misiones, envió ó desterro al péximo can-ejero embuidor al pueblo de la Trinidad, de la otra banda del gran río Paraná. Con todo, no basto esto para que este embustero perverso no se huyese otra vez, y se refugiase finalmente á los Portugueses, quienes por estas esclarecidas hazanas lo hicieron corregidor (ó principal del pueblo, como llaman los españoles) del pago que habian formado de los paisanos del dicho, y participantes de su suerte: y así lo recibieron solamente para que diese dictámenes contra su gente y compatriotas.

49. Este versista embustero, pues, resistió audacísimamente, y conociendo el genio de los suyos, enseñó que habia que recelar: mas que con mona y estratagemas se debia abrir el camino: y él mismo contuvo con gran prudencia á los Portugueses, que desearan entrar al pago de Santa Tecla, por las tierras de San Miguel, con un ejército poderoso de valor, armas y caballos, que con su velocidad y arrebatada carrera los hubiera atropellado. Animaba tambien este Aquitofel á los sanguinarios enemigos con sus sazonados y agudos chistes. Y no ignorando el odio antiguo de los Brasileros, que aborrecen á los pastores de este rebaño, y para bartar tambien el suyo, se llamaba compañero de ellos, y

se les ofrecía á correr la tierra, y recoger las cabezas de los PP. que cortasen las espadas vencedoras de Gomez Freire.

50. Los Luisistas, que tenían tomado el paso del río Phacido, viéndose desiguales en número y armas al enemigo, y que este intentaba pasar el río, por engañarlo en sus esperanzas, y hacerle creer que se querían entregar, bajo capa de amistad, les dieron ó regalaron toros y vacas para que comiesen y matasen para su sustento, mientras volaban correos por los pueblos, y se juntaban los ejércitos. Pasaron finalmente algunas compañías de Portugueses, y se decía que 20 canoas se habían ido á pique en las aguas del río Guazu, cuando las pasaban, y se acamparon á sus orillas, entre un espeso monte que tenían por una y otra parte las riberas; y que también se habían fortificado con una estacada que habían cortado de lo interior del bosque. Aunque los exploradores aguardaban á los que despacharon hacía afuera, muchos no volvieron, muriendo sacrificados por las lanzas de los indios. Primeramente, los Luisistas despedazaron seis: otros veinte, que llevando frenos iban á juntar caballos, como viniesen los Miguelistas, tres de ellos quedaron víctimas de su furor. Por estos se supo que los Portugueses padecían hambre, y que la gente se desparramaba por los montes, buscando con ansia para comer, los cogollos de las palmas, y que luego que cazaba uno algún tigre u otra fiera, volaban los otros, y se mataban mutuamente: y que con este género de muerte habían acabado 61.

51. En este intermedio vinieron de los campos de San Juan algunos gentiles y capitanes bárbaros, y se ofrecieron á sí y á los suyos por auxiliares, y volviéndose despues, fueron á recoger sus gentes. De las estancias de San Lorenzo, que estaban próximas al enemigo, se avisó, que la peste de las viruelas se aumentaba demasíadamente: por lo cual el cura de este pueblo, despues de vencidas algunas dificultades de los suyos, y la resistencia de los de su pueblo, se fué allá á proveer de medicinas espirituales á los enfermos, é impedir con toda industria no se extendiese este achaque.

52. Ya había entrado Octubre, cuando compuestas algunas discordias y desconfianzas que los indios tenían entre sí mismos se juntaron finalmente las tropas de los pueblos, y el día 4 se presentaron delante del enemigo, y enviándole á Gomez Freire unas cartas, le declararon la última resolución, que era defender valerosamente las tierras de sus antepasados, y por tanto que se volviese en paz á su casa, y que tuviese para sí sus cosas, dejándoles á ellos lo que era suyo: y que si el deseaba tanto la paz (porque como había informado por varios correos,

queriendo enganar los indios, decia que él jamas habia venido à hacer la guerra; que queria ser amigo de los indios, y que solamente descaba tomar posesion de las tierras que el Rey de Espana les habia dado) saliese de los montes, bosques y arroyales, y sacase la artilleria gruesa, que ellos tambien se irian en paz à sus pueblos. Habiendo expresado otra vez Gomez Freire esto mismo por billetes, escusaba dar respuesta à cosa alguna, por ignorar él la lengua de los indios, ni entender bastantemente lo que decian. Se decia que los capitanes españoles se habian escandalizado con las cartas recibidas, pero no constaba suficientemente que cosa en especial encendiese así sus ánimos. Tambien vinieron por este tiempo algunas numerosas tropas de gentiles Guanás y Minuanes al socorro: à todos los cuales armaron los indios, señores de las tierras, con lanzas, saetas y caballos, y así juntaron un ejército de 2.000 poco mas o menos, y se mostraban con arrojo desde lejos al enemigo. Con todo eso aun no parecia oportuno encolerizarse, y venir à las manos, por estas causas: especialmente porque el enemigo por aquella parte, donde el rio se descubria, se ocultaba à sí y à sus tropas, en lo denso de los bosques: aunque alguna vez habia salido de la selva desplegando sus banderas rojas, como deseoso de pelear. Mas luego que veia que el numeroso ejército de indios se preparaba para la lidia, se retiraba à sus asperezas. Se sospechaba que queria solamente atraer à los indios à las asechanzas y ardidés militares que tuviese preparado entre los montes. Por tanto los indios, enseñados con las trampas ó enganos, que poco há les habian hecho en el castillo, se portaban con mas cautela en acometer à tan cobardes enemigos, usando tambien del dictámen, que aunque los Portugueses en repetidas veces llamabau para hablar à los principales de los pueblos, ellos se los negaban, excepto uno. Aquellos que estaban de la otra parte del rio con Gomez Freire, los capitanes y los bagajes, que era la mayor parte del ejército, estaban defendidos por el rio: porque, siendo bastantemente grande, con la lluvia de semanas enteras habia crecido inmensamente, y por esto, estándoles impedido un vado que hace, precipitándose de los vecinos montes, el cual solo los indios lo saben, y lo ignoraba el enemigo, estaban seguros en la ribera opuesta.

53. Oportunamente, en el Salto del Uruguay ó de las Tortugas, en donde, como se decia, los otros reales de enemigos, à saber, los Españoles se habian juntado con el Gobernador de la ciudad del Puerto, se deslizaron en partes, ó desertaron muchos. Porque como el ejército, que poco há habia salido de estos pueblos del Uruguay, caminase à paso lento contra el enemigo, porque

no sucediese que estando los caballos cansados y tambien los soldados, no estuviere apto para acometer al enemigo, comenzó este á levantar en dicho salto un fuerte. Entretanto con gran trabajo, ó luchando contra el torrente de las aguas que caen de aquellos penascos, movieron las lanchas con intencion danada, ó las arrastraron por el suelo con bueyes.

54. Por este tiempo los pastores ó curas de Yapeyú, atemorizados de los anuncios amenazantes, se disponian á huirse del pueblo, ó irse á los reales de los Espanoles: pero fué en vano, porque sus feligreses los guardaban ó custodiaban con diligencia. Con todo, uno de ellos, pretestando iba á acudir á una fingida necesidad de los enfermos en el pago, ó estancia de San Pedro, (donde no habia enfermo alguno) se escapó rio abajo en un botecillo: mas habiendo sido pillado por los soldados ó indios, como reusaba parar, siendo requerido, habiéndole echado un lazo, juntamente con el botecillo, lo tomaron. Despues fué llevado á los reales con el marinero, que en castigo le tuvieron atado de piés y manos toda la noche, á cuatro palos hácia diversas partes, y por la mañana fué azotado con riendas: mas contra el sacerdote no hicieron cosa indecorosa, sino algunas amenazas, ponerle miedo con algunos tiros al aire de escopetas, y con dieterios. Luego que lo supo el Capitan general de los ejércitos, Nicolas, habiendo enviado gente que lo custodiasen; lo remitió al pueblo con seguridad, pidiéndoles en algun modo licencia á los soldados para ello.

55. Despues de esto se iban arrimando poco á poco los reales ó campos de los indios á los de los Espanoles, que estaban en las riberas del dicho rio Uruguay, y habiendo enviado por una y otra parte exploradores, luego llegaron á dejarse ver de tal manera, que se espantaron los espanoles. Observaron los indios, que seis de ellos, á vista de cuatro, huyeron á su campo, con tal precipitada fuga, que dejaron una bolsa llena de sal, otra de bizcocho, y algunas otras cosas, por despojo de los indios que venian, y se retiraron á su ejército: en el cual luego que se dió parte que el ejército de los indios estaba cerca, el Gobernador y Capitan General mando tocar llamada, ó á recoger. Deseaba el Gobernador dejar en el sobredicho castillo algunos presidarios, mas no habia alguno que se atreviese á estos peligros, al furor de los indios, y á las calamidades de un sitio, ni quien hiciese tal hazana, yendose al ejército sin esperanza de socorro, y estando la ciudad distante mas de 100 leguas. Comenzaron pues á retirarse los Espanoles, aun no habiendo visto todo el ejército de los indios, y habiendo hecho solamente

presa de algunos millares de vacas en los campos de Yapayú. Todos se retiraban á sus casas. Los indios daban presa, ó perseguían á los que se retiraban: y aunque facilmente podian apresurarlos con hostilidades, se abstuvieron de matar, para que fuese manifiesto á los Espanoles, que solamente defendian su causa y justicia. Tres lanchas por falta de aguas, á causa de una larga seca, no pudiendo navegar, vararon en la arena: á estas, por una parte algunos Guarani, por otra los Charruas gentiles, les pusieron sitio, prohibiéndoles solamente todo bastimento.

56. Se decia que del Consejo aulico, que como queda dicho poco há se habia juntado, salió un secreto y declaracion de teólogos, que los indios de ninguna suerte podian ser obligados con guerra á entregar sus tierras. Y por esto el Rey habia decretado, que desistiesen totalmente de este negocio, si los indios no querian: porque ya bastantemente sabian por experiencia los Espanoles, que los Tapes de ninguna suerte querian ceder sus tierras: por eso tambien se juzgó que disponian la retirada. No obstante, poniéndose mas contumaz Gomez Freire, se mantuvo otro mes en la tierra agena, fortificado con los montes, aunque veia en su presencia todo el ejército de los indios opuesto á él, y obstinado á no ceder. Sufrian tambien no poco los Portugueses, de suerte que andaban de aquí para allí buscando cogollos de palmas, y los despojos de los tigres, y aun por estas mismas cosas se mataban mutuamente los hambrientos, y se decia que de este modo habian perecido 69. Ni perdonaban los indios, á los que andaban de-carrizados porque en cualquier parte que los encontraban, los mataban con las lanzas y alfanques: mas de 50 murieron así el dia 4 de Octubre. Hemos dicho que, habiendo sacado la bandera roja, ó estandarte de guerra, y habiéndola guardado despues, seis indios, disponiéndose de buena gana sobre las colinas á la lidia, se atrevieron á provocar al enemigo, formando sus escuadrones. Salió el Portuguez de las asperezas, y despues mostró la bandera blanca, pero no se atrevió á apartarse de la márgen del monte y salir al campo. Entretanto pidió viniesen á hablar algunos parlamentarios, y fueron enviados cinco Miguelistas: y como el Portuguez quisiese entablar una plática larga, humana y molesta, la interrumpieron los enviados, y les dijeron:—"Que una de dos, ó que se fuesen de sus tierras, ó que si tenian tanta ansia de ellas, que saliesen al campo, porque los indios estaban prontos á concluir el negocio con la espada." Reu-saron la pelea, y dijeron que ellos se volverian luego que tuviesen las respuestas de los espanoles: y porque se recogieron á sus montes, y tambien

La mayor parte habia pasado el rio, dejando 30 hombres de guardia en el paso, los Tapes se retiraron á sus reales.

57. Pero no aquí que se suscito entre ellos mismos una viva contienda. Las companias de tres pueblos altercaban, que solo los Migueltas habian llegado á hablar con los Portugueses; que solo ellos tenían las conferencias entre sí; y los Portugueses, que ultimamente se gastaba el tiempo, y no se estaba obligado al enemigo á retirarse, con otras mil cosas de que se quejaban; y por tanto se disponian á volverse, para quedarse en sus pueblos. Mientras así convertian con calor su negocio en diferencias, llegó á tiempo D. Nicolas Nenguirú, sugeto principal del pueblo de la Concepcion, el cual habia sido elegido Capitan General de comun consentimiento: este hizo nacer la esperanza de concordia, y parecia que tomaba fuerza. Como hasta el 21 estuviere en discordes, determinaron la invasion hasta el día 22, lo que no habiendo puesto en egecucion, un cierto capitan llamado Felipe, se fué otra vez á llamar á los gentiles Migueltas y Guanas, para que se confederasen con ellos, y con él vinieron 12 á explorar el real del enemigo. Y despues, habiendo considerado el aspecto de las cosas, prometieron que habian de ir á traer 260 de su gente armada, con su capitan José, con tal que del pueblo les diesen 100, y de las estancias otros tantos carcajes de sacas para su uso. Por horas se esperaban, y se alegraban ó mostraban regocijos en hacer dos caminos por medio de la espesura del bosque que hay entre ambas orillas del río Phacido ó Yaguy; es á saber, entre los montes, con trabajo de 10 dias, para que mas ocultamente los indios pudiesen tomar la espalda del enemigo, sin que este llegase á sentirlos.

58. A los de Yapeyú por este tiempo les fué muy mal en lo que intentaron contra los espanoles: porque como algunos de estos todavia se hallaban en el Salto del Uruguay, y habiéndose ya vuelto los confederados de los otros pueblos, los de Santo Tomé quitaron á los espanoles ayer por la noche (era la de 3 de Octubre) 20 caballos con sus sillas, y mataron á algunos de ellos: por lo cual procurando los espanoles les sucediese mejor, y descansando recuperar sus caballos, siguieron al enemigo; y bien de mañana dieron sobre un escuadron de 192 Yapeyuanos, que estaban segregados de los demas, y confiados en sí mismos. Enviaron por delante tres exploradores, y habiendo estos llegado á razones, alegando cada cual la causa de su venida, los espanoles, acercándose á caballo con poca sinceridad, y numerado el escuadron, mataron caballos y acometieron á los indios, que no sospechando tal cosa, se mantu-

vieron formados: pero viendose inferiores en numero y armas, se entraron y acogieron á pie en el bosque, y acometieron contra todos los indios. Algunos españoles murieron, y se esperaba mas cierta noticia de este lance, cuando Octubre tenecia, con el qual, poco menos que espirando el capitán segundo, que poco ha habia sido elegido teniente de San Miguel, siendo llevado en un lecho, llegó de los reales al pueblo para curarse.

59. Las cosas en Yapeyu anduvieron muy turbadas por todo el mes de Noviembre: porque como los curas de este pueblo lo querian apartar de la confederacion, no cesaban de persuadirles, que concediesen á los Españoles paso franco, y abandonasen de facto las llaves. De tal modo se atrevieron á disponer y administrar las cosas á su propio arbitrio, y habiendo sacado todas las telas preciosas de lino, y 62 sacos de algodón, 1,210 arrobas de lana en 37 sacos, 20 piezas de lienzo de algodón, 11 piezas de bretana, 30 sacos de tabaco con 500 arrobas, algunas piezas de todo género de pano, de angaripola y corales, 1,000 cuchillos, 200 frenos, 200 espuelas, 700 arrobas de yerba, las tomaron, y repartieron al pueblo libremente: y tratando á sus curas con imperio, tambien los castigaron cuatro dias con ayunos, no dándoles sino un solo plato de carne de bucy. Quiso o impidió este género de insulto o mal obrar el teniente del capitán de la Concepcion, y les persuadió tratasen á los PP. con mas decencia. Empero los individuos de este, y de los otros pueblos vecinos, deliraban con guerras civiles y motines, porque algunos mas amantes de sus pastores se dolian de lo que padecian, y los mas obedientes iban á concitar en su auxilio á los de la Cruz. Pero la parte contraria confederaba en su ayuda á los Bárbaros gentiles Charruas. Por horas pues se temia, que de esta pavesa reventase un incendio: mas llegó á tiempo una orden del Padre Provincial, que se mudasen los curas que servían de tropiezo á los ofendidos. Para esto partió el cura de la Concepcion, como mediador de los pastores de aquel pueblo: á la verdad este varon, José Cardiel, por amor del pueblo ha padecido mucho; y así con otro companero se fué allá. Lo recibieron con grande alegría, con el festivo estrepito de la artilleria, (porque no ignoraban cuantas cosas habia padecido por defenderlos el nuevo cura) y colgando las banderas de tolo el ejército del pueblo, como tambien con repique de campanas. Luego que entraron en la casa de los PP., pusieron de su buena voluntad, y sin ser reconvencidos, en las manos y á los pies del cura las llaves, y todas las cosas pertenecientes al Gobierno, con los sellos del mando, que ya por algunos meses á beneplacito del pueblo los principales y caciques habian usurpado: prometiendo obedecer en todo, excepto el punto de transmi-

gracion. Logró esta pacificacion, y habiéndose hecho tres dias de funerales por los muertos, visito los enfermos, y los regalo con algunas cosas que le habian dado. Les esplicó la manera de tratamiento, y reprendió las cabezas de la sublevacion, corrigiéndolos amorosamente. No se supo en este mes otra cosa de lo acaecido en aquel pueblo.

60. No iban las cosas de mejor modo á los indios en el rio Phacido, ó Yaguy, porque ya no solamente estaban discordes entre sí, sino tambien con el capitan Nenguiru: porque como advirtiese la gente de algunos pueblos que dicho capitan á unos se entregaba totalmente, y á otros nada, le perdieron tambien la voluntad. Tuvieron por este tiempo frecuentes pláticas con los Portugueses, provocándolos siempre á que saliesen á la llanura: pero asegurados por todas partes ellos en las riberas del rio, con montes ásperos, habiendo cortado para murallas troncos, y habiéndose fortificado, se mantuvieron inmóviles. No faltaban en los reales de los indios quienes de noche, y otras veces á escondidas, se fuesen á los del enemigo, atraidos con las esperanzas de premios, y á hacer negociacion, la que prometia abundante el enemigo: y como todos los de los pueblos fuesen á estas ferias, todos se fingian Miguelistas: era gente de á caballo, y á los que veian venir á pie, no querian de noche creer los Miguelistas. Estas y otras cosas fueron semilla de muchas discordias entre los ejércitos de los indios, de suerte que alguna vez hubieron de tener guerra civil ó interna. Y finalmente, cudiendo el mal, contagió al ejército, y ya cada uno determinaba volverse á su casa: aunque era obice esto, á saber, que se volverian, y que reclutalas por todas partes mayores tropas de los pueblos de la otra banda del Uruguay, y preparadas armas nuevas, á principios de Enero volverian. Los mas prudentes no aprobaban este proyecto, porque se esponia toda aquella provincia, y todos los ganados, con los estancieros, á las invasiones del enemigo. Mas otros, estando mas obstinados en su parecer, de facto empezaron á desbaratar el ejército, yéndose. Los primeros que se retiraron á su pueblo ó casas, fueron los Nicolistas; pero antes de la partida de estos, llegaron 200 Guanoas, con sus nobles capitanes, y entonces volviendo á enviar inter-nuncios á los reales de los Portugueses, los provocaban á pelear, y desafiaban al enemigo: pero en vano. Viendo pues al enemigo inmóvil, un capitan de gentiles, llamado Moreira, se fué á hablar con el enemigo, y llevó consigo mucha yerba y tabaco que pidió á nuestros indios, y tambien carne para que comiesen: porque decia este, que el hacia esto con engano ó doblez. Y volviendo, persuadió á los Miguelistas, con cuyos caballos y esperanzas habian venido dichos gentiles, que se retirasen un poco de los reales, porque no fuese que les sucediese alguna desgracia: porque él habia mesclado

veneno en los regalos que habia llevado, lo cual podia tambien redundar en dano del ejército vecino, ó de los indios; pero que era público no haber sucedido cosa alguna adversa. Sospecho que el general habia sido sobornado por los Portugueses, para que persuadiese la retirada al ejército; porque ¿quien dará entero crédito á una gente infiel?

No obstante, obedecieron los Miguelistas á la persuasion, y habiendo levantado los reales ó campamentos, los apartaron algunas leguas de la vista del enemigo. Entretanto, habiendo enviado un Miguelista á desafiar á los Portugueses, fué muy bien tratado por Gomez Freire, y habiéndole mandado sentar, lo regaló con cena y cama, y fué rogado á quedarse á dormir en tanto que escribia al cura del pueblo. Escribió, y bien de mi mano entrego al enviado las cartas, y lo hizo volver en paz á los suyos. Mientras esto venia á donde estabamos, fueron vistas por los Lorenzistas en el Yaguy, por aquella parte que divide las tierras de San Lorenzo y San Luis, tres lanchas portuguesas, ó talvez canoas, que navegaban río arriba, bajaron los Lorenzistas á las orillas de las riberas para impedir el tránsito al enemigo, mis porque no estaban bien proveidos de armas, que pudiesen ofender de lejos, llamaron algunos Juanistas fusileros. Vinieron estos, y trayendo consigo tres cañones de cana silvestre, bien retobados con cuero de buey, y llegando con estos el capitán de la Concepcion D. Nicolas Nenguirú con algunos de los suyos, fijolos los caronchitos en las orillas del río y entre el monte, asaltaron á las canoas, y con cuatro tiros atormentaron una, quebraron otras, y las obligaron á irse precipitadamente por el río, quedandose tres paradas. Corrieron del campamento, río abajo, algunos marineros Portugueses al socorro, y armandose entre los indios y portugueses una refriega, murieron algunos de estos últimos: se decia eran 26, pero fué falso, solo fueron tres. Finalmente llegaron los Luisistas á su campo y con buen agüero: porque en estas embareaciones venian con cuidado las cartas del Gobernador de Buenos Aires, en las cuales les daban noticia de su retirada, y lo mismo persuadia á los Portugueses. Habiendo pues leído Gomez Freire las cartas, fué de admirar lo furioso que se puso, dando en rostro á los Españoles su engano y trato doble, y á los indios el haber acometido á los suyos, lamentando tambien haberse frustrado el trabajo, ó proyecto de 12 años. Despues el dia 12 de Noviembre cargaron los bagajes en los campos, y pareció que se disponian á la retirada. Mientras esto, pidió á los indios le dejasen libre el camino, ni le molestasen en la retirada, y para mas asegurar la cosa, habiendo llamado á conferenciar á algunos caciques de San Luis, San Lorenzo y San Angel, los cuales estaban entonces allí,

porque los otros ya habian caminado á los pueblos, acordándose de sus mugeres y de sus sementeras, cuyo ultimo tiempo era necesario lograr, los hizo jurar sobre los Santos Evangelios, y él mismo con juramento firmo, ó hizo un escrito firmado con los nombres de los principales de los indios y portugueses, en el cual promete. I. Que ni la una ni la otra parte se harian dano, hasta tanto que se diese la última y definitiva sentencia por los Reyes de Espana y Portugal, acerca de las quejas dadas y perdon de los indios, ó hasta tanto que el ejército espanol no volviese otra vez á campana. II. Que ambas partes se volverian á sus tierras, y que ni una ni otra nacion pasaria el Rio Grande. III. Que los indios serian cautivos si pasasen el rio, yendo á las tierras de los Portugueses, y mutuamente los Portugueses lo serian de los indios, si ellos intentasen pasar á sus tierras. IV. Pidieron solamente se les dejase descansar algun tiempo en el rio Yobi, mientras los animales recuperaban el aliento y fuerzas perdidas.—Firmaron estas treguas de parte de los Portugueses, el mismo Capitan General Gomez Freire de Andrade: Martin de Echauri, espanol, Gobernador de Montevideo: Miguel Angelo Velasco: Tomas Luis de Osorio: Francisco Xavier Cardoso de Menezes y Sousa: Tomas Clarke: Sacerdote Secular, capellan de Gomez, en cuyas manos se hizo juramento. De parte de los indios firmaron, Cristoval Acatú: Fabian Guaqui: Francisco Antonio y Bartolome Candeyú: Santiago Pindo: D. Ignacio Tanguazu: D. Lorenzo Mbaypé: D. Alonso Guayrayé. Concluidas estas cosas á 18 Noviembre en la media noche, los Portugueses que estaban de esta parte del rio lo pasaron calladito, y juntos los batallones, marcharon sin hacer ruido: al dia siguiente 19 se desaparecieron del todo. Asimismo tambien nuestros ejércitos, habiendo dejado unos pocos destacamentos por custodia y seguridad de las circunvecinas tierras de San Luis, San Lorenzo y San Juan, se retiraron á sus pueblos, no habiendo sido muerto indio alguno por mano del enemigo: pero sí casi 100 Portugueses acabaron con las armas de los indios. Arriadas las lanzas, se empleaban en la devocion de San Xavier, dándole gracias por haberlos librado de la tribulacion: y las legiones, en lugar de las armas, tomaron con brio los arados, porque no se pasase el tiempo que aun quedaba para la agricultura, recompensando siquiera algo en este mes, (ya empezaba Diciembre) el que se habia desperdiciado ó perdido en el espacio de tantos otros.

61. En este tiempo llegaron de Buenos Aires, ó de la ciudad del Puerto, mas amenazas, porque el Marques de Valdelirios con mas acrimonia escribió al Gobernador por su retirada. Tambien nuestro Altamirano prohibia con mas rigor se trabajasen las fábricas de pólvora que ya tenía entredichas: no se dejó piedra por mover,

y lo que es mas, interponiéndose la ayuda y arte del P. Provincial. Estaba empenado dicho Altamirano en remover del lugar y oficio al Cura de San Juan, á quien por falsas denuncias, y por su pasion, lo tenia entre ojos, porque le atribuia toda la resistencia de los indios. Mas sus feligreses, oponiéndose otra vez, como lo habian hecho en otras ocasiones, decian que ellos no sufririan que se le quitasen del todo, hasta tanto que ellos recibiesen los preceptos de la boca del P. Provincial, y que le pudiesen proponer las razones que militaban por la parte contraria. Se frustró, pues, por tercera vez el proyecto.

62. Se divulgaron tambien por este tiempo en los pueblos varios escritos y cartas, que habian sido introducidas ocultamente, y se les interceptaron parte á los Portugueses, parte á los Espanoles, y mezclados á estos los indios: las cuales todas manifestaban que el ejército portuguez estaba intimidado sumamente, y que no alojaba la resistencia y obstinacion de los indios en defender su tierras. Aunque se portaban amigablemente en los reales enemigos, y se mostraban blandos ó tratables, esto lo hacian con doblez á intencion danada, porque cuantos salian de los reales con pretexto de contrato, morian irremediabilmente, y no perdonaban á nadie, aunque fuese desertor: y por esto los Espanoles se quejaban de que el trato de los Portugueses era doloso, ó nada sincero; y los Portugueses, de haberles los indios protestado y dicho claramente que jamas verian sus pueblos.

63. Corria la voz que habia llegado á Montevideo un navío de España, y se esperaba que traeria alegres noticias: pero el *rumo rumo* mezclaba una cosa bien sensible, y era que el P. Provincial, acérrimo defensor de los alligidos, habia acabado su trienio de gobierno, y se preparaba á volver á su provincia del Perú, de la cual habia venido. No faltaban quienes afirmasen (no se sabe si por sospecha ó algun rumor, ó si se fingió maliciosamente) que Altamirano habia de tomar el gobierno, mas no se dió crédito á tan clara mentira.

64. En el pueblo de Santa Maria iban las cosas de mal en peor, porque el cura fué á la Candelaria. Concluidos algunos negocios del pueblo, siguieron los principales y pidieron al vice-Superior otro cura, mas por la penuria de quienes supiesen la lengua, porque casi todos los lenguaraces estaban detenidos y custodiados por los indios en los pueblos del Uruguay, no se les concedió lo que

pedian. Acababa ya el año de 1751, siendo el tercero de la persecucion y opresion de esta provincia, y el primero de la guerra.

65. Los principios del año de 1755 parecieron tranquilos, excepto que, habiendo los Yapeyuanos elegido en el motin proximo á su capitán por alcalde, abusando despues este de su autoridad, conspiraron juntamente con los de la Cruz, lo prendieron, dándole algunas heridas por haberse resistido, y lo enviaron desterrado hacia el Parana: mas al pasar por el pueblo de Santo Tomé, sus moradores soltaron al preso, y lo restituyeron á su libertad: cuyo caso se creyó que ocasionase algun disturbio.

66. Tambien llegaron de Buenos Aires algunos rumores ciertos con otros inciertos: que las cosas en la Corte estaban muy turbadas; que Carvajal, autor de estos males, el día 9 de Abril del año pasado, con una muerte repentina habia partido al tribunal del recto juez, Jesu-Cristo, Señor Nuestro, habiéndole citado para aquel lugar tres dias antes un varón de conocida santidad, el Padre Burke, del Colegio de Escoceses. Que el lugar de este lo habia ocupado un Irlandes, llamado Wal. Que el Marques de la Ensenada, primer Ministro, habia sido removido y privado de su empleo, y otros 16 ministros con él, y que todos habian sido desterrados á diferentes ciudades. Que del primero se habian confiscado inmensos caudales, y que en lugar de estos, se le habia consignado 8,000 pesos anuales. Hasta aqui es lo cierto: pero los cosas inciertas que añadía la fama, eran: que la causa del destierro de tantos Ministros habia sido un oculto tratado con el Rey de Nápoles, á quien unos dicen querian elevarlo al Reino, depuesto el que actualmente estaba, y otros para que, elevado al trono, se opusiese á este tratado; y esta máquina ó traicion, muchos la atribuian á los Jesuitas. De aqui fingian unos que el confesor del Rey habia caído de la gracia, otros tambien que estaba preso. Por horas se esperaba de Europa algun navio que trajese algunas noticias. Entretanto los españoles fueron llamados por Gomez Freire á reiterar la guerra en el próximo Marzo, y añadia, que si no lo hacian así, tendria por sospechosa la fé de los españoles, y daria de mano al negocio. Tambien el Marques de Valdehrios con mayor fervor movia las cosas de la guerra, habiendo sido llamados para unirse los Paraguayos: mas ellos poco ánimo mostraban para emprender esto. Tambien los vecinos de Santa Fé con mas eficacia negaban poder dar ellos otra vez tropas auxiliares, aunque el teniente de Gobernador se obstinaba en ello. No obstante de principiar ya Marzo, no se sentia movimiento alguno. La ciudad de Buenos Aires padecia graves males; es á saber: hambre é invasiones de los gentiles, que habitaban

y lo que es mas, interponiéndose la ayuda y arte del P. Provincial. Estaba empenado dicho Altamirano en remover del lugar y oficio al Cura de San Juan, á quien por falsas denuncias, y por su pasion, lo tenia entre ojos, porque le atribuia toda la resistencia de los indios. Mas sus feligreses, oponiéndose otra vez, como lo habian hecho en otras ocasiones, decian que ellos no sufririan que se le quitasen del todo, hasta tanto que ellos recibiesen los preceptos de la boca del P. Provincial, y que le pudiesen proponer las razones que militaban por la parte contraria. Se frustró, pues, por tercera vez el proyecto.

62. Se divulgaron tambien por este tiempo en los pueblos varios escritos y cartas, que habian sido introducidas ocultamente, y se les interceptaron parte á los Portugueses, parte á los Españoles, y mezclados á estos los indios: las cuales todas manifestaban que el ejército portuguez estaba intimidado sumamente, y que no alojaba la resistencia y obstinacion de los indios en defender su tier-
ras. Aunque se portaban amigablemente en los reales enemigos, y se most-
aban blandos ó tratables, esto lo hacian con doblez ó intencion danada, porque cuantos salian de los reales con pretexto de contrato, morian irremediabilmente, y no perdonaban á nadie, aunque fuese desertor: y por esto los Espanoles se quejaban de que el trato de los Portugueses era doloso, ó nada sincero; y los Portugueses, de haberles los indios protestado y dicho claramente que jamas verian sus pueblos.

63. Corria la voz, que habia llegado á Montevideo un navío de España, y se esperaba que traeria alegres noticias: pero el *rumor* mezclaba una cosa bien sensible, y era que el P. Provincial, acerrimo defensor de los afligidos, habia acabado su trienio de gobierno, y se preparaba á volver á su provincia del Perú, de la cual habia venido. No faltaban quienes afirmasen (no se sabe si por sospecha ó algun rumor, ó si se fingió maliciosamente) que Altamirano habia de tomar el gobierno, mas no se dió crédito á tan clara mentira.

64. En el pueblo de Santa Maria iban las cosas de mal en peor, porque el cura fué á la Candelaria. Concluidos algunos negocios del pueblo, siguieron los principales y pidieron al vice-Superior otro cura, mas por la penuria de quienes supiesen la lengua, porque casi todos los lenguaraces estaban detenidos y custodiados por los indios en los pueblos del Uruguay, no se les concedió lo que

pedian. Acababa ya el año de 1751, siendo el tercero de la persecucion y opresion de esta provincia, y el primero de la guerra.

65. Los principios del año de 1755 parecieron tranquilos, excepto que, habiendo los Yapeyuanos elegido en el motin próximo á su capitán por alcalde, abusando despues este de su autoridad, conspiraron juntamente con los de la Cruz, lo prendieron, dándole algunas heridas por haberse resistido, y lo enviaron desterrado hácia el Parana: mas al pasar por el pueblo de Santo Tomé, sus moradores soltaron al preso, y lo restituyeron á su libertad; cuyo caso se creyó que ocasionase algun disturbio.

66. Tambien llegaron de Buenos Aires algunos rumores ciertos con otros inciertos: que las cosas en la Corte estaban muy turbadas; que Carvajal, autor de estos males, el día 2 de Abril del año pasado, con una muerte repentina habia partido al tribunal del recto juez, Jesu-Cristo, Señor Nuestro, habiéndole citado para aquel lugar tres dias antes un varon de conocida santidad, el Padre Burke, del Colegio de Escoceses. Que el lugar de este lo habia ocupado un Irlandes, llamado Wal. Que el Marques de la Ensenada, primer Ministro, habia sido removido y privado de su empleo, y otros 16 ministros con él, y que todos habian sido desterrados á diferentes ciudades. Que del primero se habian confiscado inmensos caudales, y que en lugar de estos, se le habia consignado 8,000 pesos anuales. Hasta aquí es lo cierto: pero los cosas inciertas que añadia la fama, eran: que la causa del destierro de tantos Ministros habia sido un oculto tratado con el Rey de Nápoles, á quien unos dicen querian elevarlo al Reino, depuesto el que actualmente estaba, y otros para que, elevado al trono, se opusiese á este tratado; y esta máquina ó traicion, muchos la atribuian á los Jesuitas. De aquí fuggian unos que el confesor del Rey habia caído de la gracia, otros tambien que estaba preso. Por horas se esperaba de Europa algun navio que trajese algunas noticias. Entretanto los espanoles fueron llamados por Gomez Freire á reiterar la guerra en el próximo Marzo, y anadia, que si no lo hacian así, tendria por sospechosa la fé de los espanoles, y daria de mano al negocio. Tambien el Marques de Valdehrios con mayor fervor movia las cosas de la guerra, habiendo sido llamados para unirse los Paraguayos: mas ellos poco ánimo mostraban para emprender esto. Tambien los vecinos de Santa Fé con mas eficacia negaban poder dar ellos otra vez tropas auxiliares, aunque el teniente de Gobernador se obstinaba en ello. No obstante de principiar ya Marzo, no se sentia movimiento alguno. La ciudad de Buenos Aires padecia graves males; es á saber: hambre é invasiones de los gentiles, que habitaban

hácia el sur: en una de las cuales perdieron 30 carretas, que iban a las Salinas, con crecido número de gente que fué muerta, ni con todo eso se arrepentían: y aunque claramente experimentaban que la divina justicia estaba por la causa de la Compañía, en nada se enmendaban por eso; antes bien con mas durezza se empeñaban en los odios contra la Compañía, y la llenaban de quejas, achacando á los Jesuitas ser causa de todos los males y revoluciones.

67. De Lisboa se divulgò tambien un verdadero aviso, que el primer Ministro de aquella Corte, y familiar del Rey, habia caído al mismo tiempo que en España aquel principal Ministro, por un caso inopinado, y habia sido enviado del mismo modo que el otro, y que todo el Consejo real desde entonces andaba vacilando, y estaba dividido en diversos dictámenes; y por esto ya se creía, que todo este tratado se volvería en humo. Acabado Marzo, los Españoles pedían se difiriese la expedición para el estío, porque sería entonces mecos molesta a las tropas, y mejor para los animales. Por tanto se suspendió, y en todos los tres meses no se oia casi hablar de otra cosa que de los aprestos de guerra, y alistamiento de soldados, de los cuales no obstante venian pocos, y con tibieza.

68. Entretanto todos los pueblos de los indios, y tambien nuestros colegios en las ciudades de los españoles, imploraban con mayor confianza el patrocinio de los Santos, è instaban con oraciones: y especialmente por este tiempo sobrepusò á todos el Colegio de la ciudad de Santa Fé, dedicando y ofreciendo al taumaturgo de Bohemia, San Juan Nepomuceno, una funcion el dia de su fiesta: y cumpliò sus votos con una solemnidad, que casi no habrá habido en estas tierras otra mayor: porque en la iglesia se erigió un altar hecho por mano de los indios, y con grande aplauso, concurso y devocion de toda la ciudad, colocò en él una grande y elegante estàtua, que habia sido hecha en uno de estos afligidos pueblos, es á saber, en él de San Lorenzo. La vispera, pues, se repicaron á mediodia las campanas de toda la ciudad, las cuales, de moto-propio y no siendo convidadas, mandaron repicar los curas y prelados de las religiones. Resonaron de lo alto de la torre instrumentos musicos, es á saber, chirimias, trompetas, cajas y otros instrumentos de este género: ademas se dispararon los cañones de hierro, y los morteros con su gran ruido llenaron el aire. Fuera de esto, á las dos de la tarde toda la compañía formò en procesion delante de la casa de cierto noble varon, llamado D. Melchor Echague, el cual á uso del país fué elegido mayordomo del Santo. Y habiéndose reunido allí un numeroso concurso del clero, y de los hijos de Santo Domingo, estaba sobre andas adornadaente la

estátua del Santo, como se dirá despues. Se ordenó la procesion, cargando la estatua del Santo el clero, mesclado con los PP. de la Compañía, que alternaban con los PP. Dominicos hasta que se llegó á la iglesia parroquial, que es la principal de la ciudad, resonando continuamente las armas de fuego, cohetes y la armonía de la música. Luego que se llegó á la iglesia que, toda adornada con primor de luces y lámparas muy hermosas, relucia iluminada interiormente, hecha señal con la campana para visperas, y colocado el Santo en el mismo presbiterio sobre una mesa, que para esto estaba adornada, se cantaron por punto las visperas en que oficiaron nuestros mejores músicos, asistiendo á ellas todo el clero y los PP. Jesuitas y Dominicos: concluidas las ceremonias, en el mismo orden, aparato y solemnidad, fué llevado el simulacro del Santo á nuestra iglesia, en donde se canto el *Te-Deum* solemnemente, resonando los canones de fuego, y música, y tambien las campanas: y dicha la oracion acostumbrada, se termino por este dia la solemnidad acordada. Despues á las Ave-Marias y final de la fiesta, se encendieron algunos cientos de lámparas, se iluminó la torre parroquial, y tambien la nuestra tenia muchas banderas, que con hermosura bastian el viento y se mezclaban con las lámparas. Estando la noche mas oscura iluminaron el aire los cohetes voladores y se oyó el estrépito de las armas.

69 Al dia siguiente, desde la aurora, los sacerdotes que no cran de casa, digeron misa hasta las 9, y mas adelante, estando siempre la iglesia llena de pueblo de todo género, de condicion y estado. Despues cantó la misa solemne el Dr. Leiva, párroco de la ciudad, la que mucho antes habia pedido por un singular beneficio recibido: lo que llevó pesadamente el Vicario. Un sugeto de nuestra Compañía predicó, y muy bien. Estuvo desde ayer, y todo el tiempo de la misa, la imagen del Santo sobre el altar mayor, en un rico trono de oro y plata, reluciendo todo el altar con este metal, y la efigie del Santo, y principalmente la mesita donde estaba, toda cubierta de piedras preciosas, perlas y diamantes. Y aunque todas las matronas de Santa Fè juntaron sus riquezas para este ornato, con todo, sobrepujó cierta noble muger, advenediza del reino de Chile, que habia venido á esta ciudad: la cual, como ya no hubiese lugar en el altar, colocó bajo de las gradas del presbiterio una mesita con un niño Jesus, en quien lucian cosas tan preciosas, en oro, diamantes, y tambien por el arte singular con que las habia dispuesto, que á todos arrebatava, dejando muy atras á las demas Señoras patricias. Concluida la solemnidad de la misa, que duró hasta el mediodia, se sacó del altar mayor la efigie del Santo, y canta-

do otra vez el *Te-deum* los Padres de Santo Domingo, fué colocada (con increíble gozo y alegría de todo el pueblo y ciudad, y principalmente de nuestros Padres, de que fueron testigo los reiterados y solemnes repiques de campanas) en su altar propio, que le habian preparado los afligidos indios: el cual, fuera de su propia hermosura, estaba grandemente adornado con alhajas de los vecinos. Se concluyó finalmente la solemnidad, pero no la devocion: porque ademas de ocurrir nuestros Jesuitas cada dia con mayor fervor al poderoso patronico del Santo contra los murmuradores, tambien no era pequeño el concurso de los de toda la ciudad en las aliecciones y calumnias que por todas partes se sascitaban contra los indios, que han sido cometidos por Dios á nuestra fè y doctrina, y por eso mismo tambien contra nosotros, como defensores de esta justa causa.

70. Cuando estas cosas sucedian por Mayo en la ciudad de Santa Fè en honor del taimaturgo de Bohemia, el pueblo de San Miguel, distinguiéndose entre todos, se preparaba á cumplir con otro semejante altar (excepto las riquezas) sus promesas hechas á Nuestra Señora de Loreto, cuya descripcion omitimos, por haber referido la anterior: pero despues por su orden se referira, cuando hayamos hablado de lo que sucedio por Julio; habiéndose pasado casi tranquilamente el resto de Mayo, y tambien Junio.

71. Dijimos casi tranquilamente, porque no hubo hostilidad alguna: aunque no por esto dejaron los enemigos de inquietarlas, pues siempre su descanso es una asechanza, y aunque no nagan hostilidades, las estan disponiendo y proyectando. Por esta causa, para privar á la confederacion de los auxilios que debian dar á los Guaranis las infieles tropas de Guanoas gentiles, (las que deben ser tenidas como enemigas, aun quando son amigas, pues á ninguno, ni aun á Dios, guardan fè) llamaron á ciertos caciques de ellos, y los llevaron á un castillo que estaba mas inmediato, para persuadirles lo que querian:—lo que es facil de conseguir de una gente pobre, y desecosa de duncillos, regalos y vestidos de ante ó coletos. Fueron algunos á dicho fuerte por las dádivas, y tambien (lo que entre cristianos es abominable y vedado por excomunion) casi los violentaron con las armas, y se dijo que tambien los habian corrompido ó sobornado. Asi lo contaron despues á nuestros Miguelistas otros caciques de los Minnanes, que habian participado de los dones ó regalos. Otro algunos de los suyos habian sido pagados para la guerra, y principalmente uno llamado Moreira, para que en la siguiente expedicion custodiase los bagages de los Portugueses con su gente. Que tenian mucha ropa, armas, y se

veían armados, y estar instruidos con alfanjes para este fin. Fuera de esto que los Portugueses, confiados en esta esperanza, erigian un fuertecillo que habia de servir de oportuno presidio á los reales que se habian de formar en las montañas de San Miguel, cercanos á las estancias de Santa María, las que se llaman de Yaregua; pero que tambien otros caciques de la nacion se escusaban, y que por tanto avisaban con anticipacion á los amigos lo que se habia tratado. Por esto fueron despues señalados exploradores católicos ó cristianos del pueblo de San Miguel, los cuales con la guarnicion que estaba en los últimos términos de la jurisdiccion, debian correr la tierra. Recorrieronla, y avisaron que no parecia enemigo alguno, y reconviniendo al mismo Moreira, aféandole su hecho, confesó que verdaderamente él habia sido llamado de los Portugueses, y solicitado con dones por las cosas sobredichas, pero que de ninguna suerte habia consentido: por lo cual se habia retirado, habiendo los Lusitanos con furor, béchole muchas amenazas. Esto decia él, mas si fuese verdad lo que decia se esperaba lo probase el efecto, si se ofreciese la ocasion: mas por entonces así se creyó.

72. Tambien esparcieron los Portugueses con estas cosas no pocas mentiras contra los indios, y principalmente que muchísimos se habian pasado á ellos, y que numerosas cuadrillas á menudo se iban huyendo de la tiranía de los PP., y que ya se contaban y numeraban algunos cientos de los dichos. Fingian estas cosas con el fin de provocar á los Espanoles á volver á emprender la guerra, pero despues se descubrieron reos á autores de la mentira, cuando por mano del Provincial de la provincia del Brasil enviaron la lista de los indios que moraban entre ellos: de los cuales algunos estaban casados, y otros lo pelian; pero no contaban mas de 50, de los cuales muchos tenían apellidos del pueblo de San Borja, pero discrepaban en los nombres. Se halló tambien que otros, que estaban insertos en dicha lista por su nombre y apellido, ya se habian restituido otra vez á sus pueblos. Los Portugueses andaban solícitos en persuadir á los Espanoles estas cosas, mas á los indios les constaban otras: es á saber, que el Padre Rábago, (en quien ponian los indios en lo humano alguna esperanza de su patrocinio) habia sido privado del confesionario del Rey, que habia caído de gracia, y á mas de esto, que estaba preso: pero despues avisaron de Europa, que era impostura y mentira de los Portugueses.

73. Ya fenecia Julio, cuando en el puerto de Montevideo apareció una embarcacion mercantil el dia 27 de Julio, la cual traía 150 soldados presidarios para aquel castillo, y 70 Misioneros de la Com-

do otra vez el *Te-deum* los Padres de Santo Domingo, fué colocada (con increíble gozo y alegría de todo el pueblo y ciudad, y principalmente de nuestros Padres, de que fueron testigo los reiterados y solemnes repiques de campanas) en su altar propio, que le habían preparado los afligidos indios: el cual, fuera de su propia hermosura, estaba grandemente adornado con alhajas de los vecinos. Se concluyó finalmente la solemnidad, pero no la devoción: porque además de ocurrir nuestros Jesuitas cada día con mayor fervor al poderoso patronicio del Santo contra los murmuradores, también no era pequeño el concurso de los de toda la ciudad en las aflicciones y calumnias que por todas partes se suscitaban contra los indios, que han sido cometidos por Dios á nuestra fe y doctrina, y por eso mismo también contra nosotros, como defensores de esta justa causa.

70. Cuando estas cosas sucedían por Mayo en la ciudad de Santa Fe en honor del taumaturgo de Bohemia, el pueblo de San Miguel, distinguiéndose entre todos, se preparaba á cumplir con otro semejante altar (excepto las riquezas) sus promesas hechas á Nuestra Señora de Loreto, cuya descripción omitimos, por haber referido la anterior: pero después por su orden se referirá, cuando hayamos hablado de lo que sucedió por Julio; habiéndose pasado casi tranquilamente el resto de Mayo, y también Junio.

71. Dijimos casi tranquilamente, porque no hubo hostilidad alguna: aunque no por esto dejaron los enemigos de maquinárselas, pues siempre su descanso es una asechanza, y aunque no hagan hostilidades, las están disponiendo y proyectando. Por esta causa, para privar á la confederación de los auxilios que debían dar á los Guaranis las infieles tropas de Guanoas gentiles, (las que deben ser tenidas como enemigas, aun cuando son amigas, pues á ninguno, ni aun á Dios, guardan fe) llamaron á ciertos caciques de ellos, y los llevaron á un castillo que estaba mas inmediato, para persuadirles lo que querían:—lo que es fácil de conseguir de una gente pobre, y deseosa de doncellas, regalos y vestidos de ante ó coletos. Fueron algunos á dicho fuerte por las dádivas, y también (lo que entre cristianos es abominable y vedado por excomunión) casi los violentaron con las armas, y se dijo que también los habían corrompido ó sobornado. Así lo contaron después á nuestros Miguelistas otros caciques de los Minuanes, que habían participado de los dones ó regalos. Que algunos de los suyos habían sido pagados para la guerra, y principalmente uno llamado Moreira, para que en la siguiente expedición custodiase los bagages de los Portugueses con su gente. Que tenían mucha ropa, armas, y se

veían armados, y estar instruidos con alfanjes para este fin. Fuera de esto que los Portugueses, confiados en esta esperanza, erigian un fuertecillo que habia de servir de oportuno presidio á los reales que se habian de formar en las montañas de San Miguel, cercanos á las estancias de Santa María, las que se llaman de Yacagua: pero que tambien otros caciques de la nacion se escusaban, y que por tanto avisaban con anticipacion á los amigos lo que se habia tratado. Por esto fueron despues señalados exploradores católicos ó cristianos del pueblo de San Miguel, los cuales con la guarnicion que estaba en los últimos términos de la jurisdiccion, debían correr la tierra. Recorrierónla, y avisaron que no parecia enemigo alguno, y reconviniendo al mismo Moreira, atañéndole su hecho, confesó que verdaderamente él habia sido llamado de los Portugueses, y solicitado condones por las cosas sobredichas, pero que de ninguna suerte habia consentido: por lo cual se habia retirado, habiendo los Lusitanos con furor, hechole muchas amenazas. Esto decia él, mas si fuese verdad lo que decia se esperaba no probase el efecto, si se ofreciese la ocasion: mas por entonces así se creyó.

72. Tambien espacieron los Portugueses con estas cosas no pocas mentiras contra los indios, y principalmente que muchísimos se habian pasado á ellos, y que numerosas cuadrillas á menudo se iban huyendo de la tiranía de los PP., y que ya se contaban y numeraban algunos cientos de los dichos. Fingian estas cosas con el fin de provocar á los Españoles á volver á emprender la guerra, pero despues se descubrieron reos ó autores de la mentira, cuando por mano del Provincial de la provincia del Brasil enviaron la lista de los indios que moraban entre ellos: de los cuales algunos estaban casados, y otros lo pedia: pero no contaban mas de 50, de los cuales muchos tenían apellidos del pueblo de San Borja, pero discrepaban en los nombres. Se halló tambien que otros, que estaban insertos en dicha lista por su nombre y apellido, ya se habian restituido otra vez á sus pueblos. Los Portugueses andaban solícitos en persuadir á los Espanoles estas cosas, mas á los indios les constaban otras: es á saber, que el Padre Rabago, (en quien ponian los indios en lo humano alguna esperanza de su patrocinio) habia sido privado del confesionario del Rey, que habia caido de gracia, y á mas de esto, que estaba preso: pero despues avisaron de Europa, que era impostura y mentira de los Portugueses.

73. Ya fenecía Julio, cuando en el puerto de Montevideo apareció una embarcacion mercantil el día 27 de Julio, la cual traía 150 soldados presidarios para aquel castillo, y 70 Misioneros de la Com-

pania, 40 para la provincia de Chile, y 31 para la nuestra; quedándose en Espana los demas, que casi eran otros tantos, con el procurador que reside en la Corte, y tiene à su cuidado los negocios de la Provincia y Misiones. En verdad que no causó à todos poco consuelo esta noticia, especialmente por haberse llenado la provincia de noticias prósperas, y tambien de cartas que anunciaban todo favorablemente. Parecia que estaba el negocio concluido, que la Corte habia desecho el inícuo tratado, que se regocijaba ò delectaba con nuestra fidelidad y obediencia, que habia aceptado la apelacion por parte de los pueblos, que mandaba se suspendiesen las cosas. Así se decia à los príncipios: mas como las noticias tristes suelen seguirse à las prósperas, los Comisarios reales de este negocio divulgaron todo lo contrario: que estaba aprobada la guerra hecha à los rebeldes, como ellos decian; que tambien se daban las gracias à los Ministros por el celo y gasto hecho para sugetar à los continuaces; que las cosas que se habian dicho favorables, habian salido de charcos, y no de la fuente; que se habia de proseguir la guerra y se habia de hacer mas cruda. Para este fin fueron expedidos nuevos decretos é intimaciones à nuestro Prelado inmediato, fulminando estragos, y amenazando, llevarlo todo à sangre y fuego, sino se rendian los pueblos.

71. Remitió estas intimaciones al Gobernador de la Concepcion, Nenguitù, la Curia, Consejo ó junta doméstica, porque de otro modo se desconfiaba que se pudiesen publicar: para que este, interponiendo la autoridad que tiene entre ellos, pasando el rio, las intimase y promulgase à las provincias y pueblos obligados à mudarse. Mas este, no confiando del pueblo airado, y previendo y conociendo que no habia de hacer otra cosa que aumentar tropas de amotinados, volvió otra vez à remitir à la Curia todos los papeles, suplicando à los Prelados no diesen lugar à que la provincia, poco apaciguada, se alborotase aun todavia mas; ni tampoco obligasen à su cabeza, ó Gobernador, à exponerse à peligro cierto de muerte. Se aquietaron, y desprecadas dichas amenazas, se esperaba lo que habia de suceder.

75. Entretanto por todo Agosto, Septiembre y Octubre, se reclutaban soldados en las ciudades de españoles y portugueses: pero en las nuestras no habia sino paz y quietud, y se proveia que, en tanto que se aquietasen las cosas, se despachasen para todas partes exploradores como en otro tiempo, y que estuviesen con mas vigilancia.

76. A fines de Octubre, ó por mejor decir à principios de Noviembre, el Gobernador de Buenos Aires, pasando el ancho álveo del

rio, llegó á la ciudad de Montevideo, en donde debia juntarse todo el ejército de los Españoles. Tambien se decia que caminaban hácia Montevideo 200 soldados que habian sido despachados de la ciudad de las Corrientes, y otros tantos de la de Santa Fé; pero si esto es cierto ó nó, el tiempo lo dirá: que de los 200 Correntinos no habian quedado sino 89, y que los demas se habian desertado. Asimismo, que entre los desertores se habian vuelto á su casa algunos Abipones que el Comandante habia traido como exploradores, siendo muy haqueanos. Tambien en Santa Fé, habiendo el teniente convidado para la liga á los Morobis, se negó el cacique barbaro, y no dió respuesta de sí, porque dijo:—que él no habia abrazado la ley de Cristo para hacer guerra contra inocentes cristianos, y que antes bien favoreceria á los oprimidos, á no ser que se lo impidiese aquel gran rio.

77. Que á unos y otros, esto es, Santafecinos y Correntinos, se les habian disparado los caballos, y se les habian perdido por los inmensos campos: que por todas partes, y especialmente en Buenos Aires, cada dia se morian y perecian á centenares: y por esta razon algunos dudaban del eficaz progreso del ejército. No obstante, aunque es cierto que la Corte no dudaba de la iniquidad, y que tambien trabajaba en la disolucion ó nulidad de los pactos, no obstante, como no enviaban algun cierto y deliberado decreto sobre si se habia de suspender ó continuar la guerra, los Ministros de ambas Cortes que estan aquí, mueven con mayor actividad las cosas de la guerra: y como los españoles, con dificultad, y casi violentados, eran llevados á esta expedicion y, como decian, eran obligados y consentidos á ella por solas unas razones políticas, procedian con lentitud, ó procuraban irse despacio. Por esto, estando muy adelantado Noviembre, aun estaban en la ciudad de Montevideo, y no sabian si con sinceridad ó con doblez se divulgaban acá, donde yo estaba, ciertos avisos secretos, que no deseaban otra cosa: los españoles sino que las fuerzas de los indios se les opusiesen, y quemasen los campos por donde habian de pasar, para que se les diese ocasion de dar por ensena el defecto de los pistos, y retroceder, ó á lo menos retardarse, en tanto que llegase de la Corte alguna cosa cierta. Aunque sea dudando, no sin fundamento, de la posibilidad del expediente, porque los pastos maduros en estas tierras, y la paja que es apta para el fuego, no lo son para los animales, pero una vez quemadas, como poco despues vuelven y reverdecen, con ansia los comen los caballos y los gustan grandemente: así se sospechó, y no vanamente, por algunos, que era estratagemas, y que bajo el pretexto de ponerles miedo, se le pedia favor, y aun auxilio al enemi-

go: especialmente siendo así que los campos y llanuras quemadas mostrarían mejor el camino á los viajantes, cuando por lo contrario estaria embarazado ó impracticable, lleno de maleza.

78. Mas como ya no quedase duda alguna acerca de los preparativos de la expedicion, y tardasen los navios de Europa, se acordó que, estando desprevénida la provincia, para evitar que fuese atacada de los enemigos, se preparasen aquí las cosas, para su defensa, y se vigiasen con mas diligencia los caminos: tambien pareció del caso que se incendiasen ó quemasen los campos.

79. Constaba suficientemente, no como al principio por mentiras, que eran 1,500 Espanoles, y con los socorros de las otras ciudades, casi 2,000; que los Portugueses eran 3,000; por tanto el total era 5,000; pero que uno y otro ejército solo junto llegaría á 3,000, lo escribió el jefe de esta gente, (el Gobernador de Montevideo, el que, como se decia, venia en lugar del de Buenos Aires, y habia de tener cuidado de este negoci.) á cierto Jesuita amigo suyo, que algunas veces le fué piedra de escándalo, y que ya no está en aquella ciudad: en verdad que el testigo es idóneo, y vale por todos. Tambien se tenia por cierto, que el ejército español habia de hacer el camino desde el castillo de San Felipe, via recta, á las cabeceras del Río Negro, y hácia el pago de Santa Tecla, término y guardia de los Miguelistas, y que de allí habia de penetrar, con grandes rodeos, por provincias desiertas, hasta una fortaleza portuguesa, situada en el río Yacuy; la cual poco antes no tenia nombre, y ahora, por la invasion que se les frustró á los indios, la llaman (pero mal) el Fuerte de la Victoria: y que finalmente, unidas las fuerzas, habian de caminar al pueblo de San Angel. Así se determinó en el Consejo de ambas naciones, y aunque estas determinaciones parecian á los baqueanos ó peritos de los caminos muy violentas, y casi impracticables en la ejecucion, con todo se tuvo por conveniente proveer todas las cosas, y prevenirse contra los insensatos conatos ó esfuerzos de los Portugueses. No de balde se juntaron los capitanes, corriendo ya Eaero, y aunque no se sentia movimiento alguno del enemigo, determinaron no obstante muy de antemano, que toda la gente de los pueblos vecinos se juntasen y viniesen al socorro. Y despues despacharon cartas y un correo á los de la Concepcion y de Santo Tomé, las que estos debian despachar mas adelante á los otros pueblos, para que se acercasen mas, y pusiesen exploradores por todas partes, y principalmente porque en los yerbales no sé que hacian los enemigos: sospecho que los fuegos que se habian visto no fuese que maquinasen alguna irrupcion, ó que componian los caminos. Luego al punto se destinaron diez Juanistas, y casi otros tantos de San Angel, para que fuesen hácia

los montes, adonde se haria alto; y del pueblo de San Miguel, un capitán del campo que estaba de guardia en Santa Tecla, para que avisase á los suyos el estado en que estaban las cosas: porque se decia que por aquella parte amagaban los enemigos, y que ya habia dos meses que caminaban, á saber, desde el 5 de Diciembre.

80. Cuando por este tiempo todo este aparato parecia se quedaba en pareceres ó disposiciones, y por otra parte se confirmaba la venida del enemigo con cuotidianos correos, y los curas se estaban durmiendo ó en inaccion, hubo quien empezó á mover el negocio, expouiendo que no se debia andar con negligencia, y que se debian juntar tropas, ponerlas listas y despacharlas á los términos de la jurisdiccion, para que no entrase el enemigo á los campos remotos de las estancias ó crias, destruzándolas y matando, sin ser castigado, y no estorbándolo nadie. Con dificultad se consiguió esto, despues de muchas razones que se expusieron: es á saber, que llegaria tarde el ejército para salir al encuentro de casi 100 leguas de distancia, y entonces se empezaban á juntar tropas, cuando ya el enemigo acometia: que el enemigo podia andar todo, y los reales portugueses se andarían camino recto, por medio de las estancias que destruirían: que cesarian la comunicacion á los indios, y les quitarían la comida, cuya falta ya se empezaba á sentir; y finalmente que siempre es mejor atacar primero al enemigo que no ser atacado de él. Por estas razones al fin se consiguió que se despachasen nueve correos ó postas, los que por todas partes avisáran y movieren á los confederados. Tambien el capitán de la Concepcion estaba ya con una partida de 150 hombres en sus estancias, que confinan con las de San Miguel, y para completar dicha partida se enviaron otros 60 del pueblo. Pusieron en movimiento á los escuadrones auxiliares, que debian venir de los pueblos de Santana, del de San Carlos y de los Angeles, 60, del de los Mártires, 60, del de San Javier, y de Santa María, 30. Arregladas de repente por aquella parte las cosas, repuesto el capitán que poco antes lo habian quitado, habiéndose vuelto á sus casas sus gentes, que andaban esparcidas por diversos pueblos, se creia que el Consejo doméstico habia obrado esta mudanza, la que luego surtió buen efecto.

81. En los demas pueblos del Uruguay, como avise el posta que poco antes habia enviado y ya estaba de vuelta, que no habia rumor, ni se sentia el enemigo, se daba prisa para esperarlo los escuadrones de los otros pueblos. Mas, á 20 de Enero llegó un correo impensadamente, que avisó que el dia 16 del mismo mes, en las cabeceras del rio Negro, por aquella parte en que hay una angosta entrada, entre los rios Negro y Yacuy, en las tierras de San Miguel, la cual entrada ó puerta de la tierra llaman los indios *Ibiroque*, habia apare-

cido el ejército de los españoles cuando menos se pensaba: que habiéndolo visto cinco exploradores, los habían confesado que venían 2,000 españoles á esperar á los portugueses. Marchaban formados en cuatro líneas sencillas y no apretadas, formando un cuadro, en cuyo centro iba una innumerable porción de caballos, bueyes, carretas, y los bagages de los Gobernadores, y también de los capitanes, con orden. Muy cuidadosos estuvieron en preguntar á los cinco exploradores, si por ventura algunos PP. Jesuitas estaban en el ejército de los indios, y de que número se componía? Les fué respondido que aun no habían venido los PP., pero que vendrían: que el ejército por entonces no pasaba el número de 2,000 (así pareció á los indios engañar al enemigo, siendo apenas 100, y si se incorporaban los Concepcionistas que estaban cerca, serían 300), pero que habían de llegar á 5,000, luego que se juntasen todos.

82. Apenas llegó esta noticia cierta al pueblo, que volaron los correos, y se dió aviso á todos los pueblos, los cuales, ya parecía que querían salir á campaña, ya que no querían: mas, se juzgó no tardarían. El día 21, habiendo hecho primeramente en la capilla de Loreto una procesion de penitencia, y cantada en el mismo lugar una misa solemne y votiva *pro gravi necessitate*, salieron del pueblo de San Miguel 350 soldados, todos de caballería, los que pasarian del número de 400 en uniéndose con aquellos que ya estaban de guardia. El mismo día salieron de San Angel 200, de San Lorenzo 50: el día antes habían salido de San Luis 150, de San Nicolas 200: el día siguiente salieron de San Juan 150, y de la Concepcion 200.

83. No obstante, todas las cartas que venían de las ciudades de los Españoles anunciaban que había grandísima esperanza: que por días se esperaba de Europa un navío de guerra que había de desbaratar todo el tratado; que todo el bienestar de los indios, en este intermedio que se aguardaban las providencias, consistía en la constante oposicion á los Ministros reales que estaban en estas partes, los cuales trabajaban con alinco en la ejecucion del tratado, para que antes que viniese de la Corte el consuelo á los pobres, las cosas estuviesen en tal estado que no admitiesen remedio, estando una vez tomados algunos pueblos: y por tanto, protestaban á los indios que harían al Monarca un gran servicio, si se defendían, oponían y resistían con todas sus fuerzas, mientras llegaba de Europa la providencia que se esperaba. ¿Quién creyera esto? que las cosas de los indios esten en tal estado, y se hallen en tal situacion que para servir al Rey y prestarle fidelidad, sea necesario tomar contra el mismo Rey las armas.

84. Marchaban ya sobre el enemigo las sobredichas tropas, pero

con paso tan remiso, como acostumbraban para todas las cosas los indios, que podia el enemigo ocupar facilmente todas las tierras de la otra banda del Monte Grande. Pero como este tenia necesidad de buscar los portugueses auxiliares, é irles al encuentro, marchó hasta Santa Tecla por unos largos rodeos, y así dió lugar á los indios para que 100 Miguelistas, que iban con pasos mas acelerados con su capitan José Tiararú, se les pudiesen á la vista.

85. Los primeros á quien este capitan acometió fueron 16 españoles con su alferéz, los cuales fueron á reconocer las tierras de San Agustín. Habiendo con sus soldados atacado á estos, facilmente los desbarató, y los despedazó todos, como si fuera uno solo. A otros 20 no lejos de los Cerros Calvos, que los indios llaman *Mbatobi*, con la misma fortuna los acabo, excepto uno que se escapó huyendo: con estas dos matanzas se hicieron los españoles mas cautos, y así despues escudrinaban ó exploraban las tierras con tropas mas crecidas: y á la verdad á fines de Enero, habiendo salido un numeroso escuadron, enviaron adelante cinco exploradores, á los que, habiendo el capitan José acometido con pequitos de los suyos, como no hicieron resistencia, los persiguió y mató á cuatro: mas el quinto, escapándose por la ligereza del caballo, llegó corriendo á los españoles, que estaban emboscados detras de las cabecezas llenas de bosque del Rio Vacacay, y estos, acometiendo con un numeroso escuadron al sobredicho capitan, y á pocos de los suyos, como por defecto del caballo cayese en una fosa que habian hecho los toros, lo rodearon ó cercaron, y tambien á algunos indios que iban corriendo al socorro del capitan; á quien primero con una lanza, y despues con una pistola, mataron. Y habiéndole muerto, sus subditos, aunque cercados, rompieron á fuerza los escuadrones del enemigo, y se pusieron en salvo, quedando muerto uno, si no me engano, y otro herido: arrojaron el cuerpo ya despojado de todo, y como algunos dicen, lo quemaron con pólvora, mientras aun estaba espirando, y lo martirizaron de otras maneras. Enterraron (con los sagrados cánticos y himnos que se acostumbraban en la iglesia, pero sin sacerdote) el cuerpo de su buen, pero muy arrojado capitan, en una vecina selva, habiéndole bucado de noche los suyos con gran dolor, á la medida del amor que le tenian.

86. Fué de admirar quanto cayeron de ánimo los indios con la muerte tan intempestiva de sus caudillos, en cuyo valor, prudencia y arte, tenían puesta toda su esperanza: y por esto, despues de algunos reencuentrillos que hubo tras el rio Vacacay, desde víperas hasta la noche, es que cuentan los indios una cosa particular: que cierto portuguez, hijo de Pinto, Gobernador de la recién con-truida fortaleza en el Yobi, ó sobrino de parte de su padre, el cual fué muerto por los indios con

una bala para vengar dicha muerte, en un caballo elegante, y bien armado de fusil, pistolas y alfange, un Lorenzista, á quien el mozo tiraba á matar, corriendo confiado á caballo hácia él, lo traspaso por la espalda con un tiro de pistola, y como por fuerza del dolor cayese del caballo, se pudiese otra vez en pie, y se preparase á pelear con el alfange, lanceado por el mismo indio, finalmente murió. Despues de estas cosas, retrocedieron los indios, atendiendo á su corto número, y siguiendo el consejo de su finado capitán.

87. Siguieron los enemigos bien de mañana (era Domingo, despues de la Purificacion, 8 de Febrero) y los obligaron á esconderse en un monte, que ellos llaman *Largo*: el dia siguiente pusieron sus reales dichos indios cerca de la laguna llamada del Cocodrilo, ó *Yacari-pitu*, entre dos zanjones que las aguas habian hecho: y para estar allí mas seguros, y detener algun poco al enemigo, determinaron que cerrasen la puerta otros fosos hechos con arte y por sus manos. Pero como seguia el enemigo el rastro, de modo que ni en toda la noche podian perfeccionar ó concluir los fosos y parapetos de tierra, habiendo acampado á la vista, descansó aquella noche. Desde muy de mañana, (el 10 de Febrero) formados en batalla los escuadrones, marchó contra los indios, quienes tomando las armas y saliendo fuera del foso, se opusieron audaces al enemigo: pero no bastantemente prevenidos, porque todos los mas, excepto 50, estaban á pie, engañados con la inmediata funcion, y juzgando que el negocio mas se habia de decidir con palabras y caros que con la espada. Algunos persuadian que se siguiese el consejo del capitán difunto, José, y que se debian retirar hasta las montañas, si tardaren los aliados: pero prevaleció el dictamen del nuevo capitán Nicolas, que pensó que debian pelear, si fuese necesario, y de ningún modo ceder. Este pues en persona, con Pascual, alferrez real de San Miguel, saliendo de sus líneas, se acercó á las del enemigo, y preguntó, lo que querian? Se le respondió, que ellos iban á los pueblos de los indios, y que así se apartasen y no impidiesen el camino. Asaltó entonces á un Miguelista, llamado Fernando, para que fuese á los Generales enemigos y les preguntase la causa de su venida: con dificultad se halló quien fuera, pero finalmente marchó, y siendo llevado ante el General español, habiéndole expuesto las cosas que sus PP., ó los Jesuitas, y las que tambien su mismo compatriotas habian padecido para obedecer al Rey, hasta haber muerto ó quedado en la demanda, le pidió en nombre de sus capitanes y pueblo, que desistiesen del intento, porque de otra suerte estaba dispuesta la gente á pelear, y defender lo que era suyo. Dijo el General español y Gobernador de la Provincia, que habia de ir adelante, aunque no quisiesen los indios, y que á él y á los suyos habia de perseguirlos hasta sujetar todos los pueblos, segun el decreto del Rey: y que sabia muy bien.

que tres PP. estaban en un vecino lugarcito, Colonia de San Miguel; y que así fuese, y les dijese en su nombre, que él esperaba tres días (porque preguntados los baqueanos, dijeron que eran necesario este tiempo para llevar el aviso, siendo así que el pueblecito dista del lugar día y medio de camino, o casi 30 leguas) y que viniesen los PP. con los caballos del suyo y de los otros pueblos, y al nombre del Rey diesen la obediencia al Capitan General. Salió de los reales el dicho Miguelista, Fernando, y refiriendo á sus caciques que estaban esperando algunas pocas cosas de las que á ellos pertenecian, tomo el camino sin parar, entre los escuadrones que despues habian de pelear, hacia el pueblo de San Xavier, en donde dichos PP. esperaban de oficio, parte para precaver los danos de sus ovejas, parte, y especialmente, para atender al bien de las almas de los indios, que se disponian al combate. Y como una multitud de soldados indisciplinados y libres puede acoger cualquier sospecha, tomando á mal esta retirada de Fernando los soldados de otros pueblos, pensaron que este, los PP. y todos los Miguelistas maquinaban insidias y traiciones. Cuatro pues de á caballo (no sé de que pueblo) conclamaron, y unidos siguieron á Fernando, e intentaron darle muerte: el que, estando para ser degollado, pudo librarse huyendo, y al cabo de cuatro días con dificultad llegó á los PP. que ya estaban á la otra parte del Monte Grande, y detalladamente conto en la estancia de Santiago sus peligros, que la fama mucho antes (como suele) habia divulgado y abultado con los mas vivos colores.

88. Pero mientras Fernando padecia entre los suyos estas cosas, el pueblo sufrió de los enemigos un gran estrago: porque apenas el enviado salió del campo contrario, cuando vió que se formaban en batalla, se aprontaban las armas y ponian al frente la artilleria. Se adelantaron cuatro capitanes, y dijeron á voces, que se apartasen los indios, y diesen lugar para que pasase el ejército español y portugues, que no querian los Generales matar ni quitar las vidas, sino tomar camino libre. Engañada la plebe sencilla de los indios con este pregon tan talaz, unos se disponian á retirarse, otros lo comenzaron á hacer: pero otros mas esforzados y advertidos, rogaban con ardor no se rindiesen, que ya no era tiempo de rendirse, sino de valerse hasta lo último de las fuerzas y valor: que convenia morir peleando, y no huyendo. Alistados pues seis cañones cargados de mucha metralla, y hecha señal, empezaron los españoles el combate con poco electo: porque algunos indios á la primera descarga se escondieron en los fosos que antes habian hecho, los cuales no defendian lo bastante á los que se agachaban: otros persistian peleando, otros retrocedian. Viendo la caballeria del enemigo, dividido en tres partes el ejército de los indios, con un movimiento rápido cortó á la que retrocedia de la que peleaba, y así un trozo, siguiendo á los rendidos, los puo

en fuga, y mató: mas, la otra, unida con la infantería por la retaguardia, atacó á los que peleaban, y con ferocidad los destruyó; y finalmente, con dificultad hizo cesar el General, la matanza. Apresionaron 150 indios de los que peleaban, y se juzga que casi son 600 los muertos que quedaron por los campos: los demas se desparramaron huyendo.

89. No es de admirar que los indios huyesen, y hayan sido vencidos, así como no es gloria para los españoles la victoria: porque con 3,000 bien armados, con armas de fuego, y muchísimos bien disciplinados, peleando contra 1,300 que no tienen sino arcos, flechas, hondas y lanzas, y que no sufren disciplina, ni conocen gefes, sino en el nombre, hubieran puesto un gran borron, ó de-honra al nombre español si hubiesen sido vencidos. No obstante, con inhumanidad usaron de esta victoria: porque para hacer mas cruda y feroz la guerra, dicen los indios, que se encarnizaron, *encendiendo de nuevo lo quemado*, y así a la tarde volvieron á reiterar los lanzazos en casi todos los muertos, por si acaso algunos estuviesen vivos, y sacando los reales un poco mas alla del lugar de la matanza. Este día los fijaron fuera de los cadáveres.

90. Al día siguiente, el primero de los fugitivos que llegó á las montañas, fué un noble Miguelista, llamado Bernabé Paravé. el que pasando los montes con marcha violenta ó paso acelerado, trajo a su pueblo la mas triste noticia, aunque de tan lejos, (esta en realidad ya se esperaba) la que, habiéndola esparcido tambien á la entrada de las fronteras entre los suyos, llegó, ya crecido el día, al pueblo de San Xavier, anunciándole que todos los indios habian muerto, habiéndose escapado pocos en la huida. Confirmaron la mismo otros dos nobles ciudadanos del mismo pueblo, que llegaron adonde estábamos. Puestos, pues, los PP. en una gran consternacion, habiendo hecho junta, y determinado huir del enemigo que ya estaba inmediato, (porque la fama, como es una embustera, y crece con el miedo, divulgaba que ya en el paso del Ubcuy, distante de donde estábamos seis ó siete leguas, se veía un escuadron enemigos, hecho formidable con dos cañones de artillería, y que venia á tomar por fuerza á los PP.) se disponian estos á desamparar el pueblo, y quemar todas las cosas que no permitía llevar el tiempo. La falta de carretas fué un gran obstáculo: los indios cargaban los carros con las alhajas de casa, y á toda prisa acomodaban todos los trastes: los muchachos y mugeres montaron todos los caballos que habian quedado a la mano, y caminaron hácia las montañas. En el mismo día, un carro grande del P. que moraba en dicho pueblito, y que por un incendio de la casa e iglesia, que poco há habia sucedido, vivía debajo de unos eneros y pabellon, (aun el día que llegaron los PP. que habian de tener cuidado de las almas de los soldados) caminó por adentro y hácia los pue-

blos, al cual, como el peso y volumen, como v. g.: dos tachos grandes de metal colado, siete campanas, casi treinta cañones de fusil, que se sacaron del incendio, una caja llena de instrumentos de hierro, y otras cosas de este género, le impidiesen caminar, las primeras cosas las enterraron en el vecino bosque, otras en la huerta, y otras en el mismo rellente ó canal. Finalmente, habiendo salido de las chacras todos los moradores, se puso fuego á las casas, y todo el pueblo ardió; y montando á caballo últimamente los PP., siguieron al pueblo.

91. Al ponerse el sol llegó-e á la montaña llena de bosque, y porque el temor del enemigo que se acercaba los tenía desasosegados, habíase intentado pasar el monte: mas, como la estrechez y escabrosidades del camino no permitiesen que pasasen todos, una parte paró á la entrada de la selva, y la otra á la cumbre de los montes, entre las llanuras de las selvas: últimamente, llegaron los PP. por medio de tigres que rugían y de onzas, de terrible magnitud, en el silencio de la media noche. Fueron de-pues de mediodía al pago y estancia de Santiago, para estarse allí, mientras llegaba una detallada y segura noticia de la mortandad, y se explorase el movimiento y intencion del enemigo.

92. Al día siguiente, muy temprano, hé aquí que llegan 60 hombres valerosos de San Pablo, que eran los primeros que venían al socorro ya tarde, y habiéndose formado con algunos Lui-istas, y enfurecidos algun tanto, se acercaron á caballo á la capilla, y despues, poniendose á pié, con audacia se presentaron delante de los PP., y habiendo hallado á los tres en la puerta de la capilla, con un razonamiento imperioso y llenos de furor, les dijeron:—“Que aquellas tierras eran totalmente suyas y de sus nacionales, y no de los PP.; y por tanto que no tenían cosa alguna de que disponer y dar á otros, especialmente á los enemigos: que de los tales sabían ellos, y esto tambien les constaba de una carta que habian interceptado, que los PP. conspiraban con los enemigos, y que les querían entregar estas tierras: y que así, sin demora se volviesen á su pueblo, que ellos en el campo no los necesitaban para nada.” Cuando así hablaba el teniente de San Pablo con tan impertinente discurso, tambien otro jóven noble, sin barbas, empezó á decir otras cosas peores. Tres soldados Miguelistas, del mismo pueblo y asistentes de los PP. que se habian llegado á la puerta de la capilla y de la cerca, espantados de una audacia tan desvergonzada, embistieron con las lanzas, y se atrevieron á echarlos con entera y manifiesta temeridad. Viendo esto uno de los Padres, se arrojó á las lanzas, y asiéndolas con las manos, detuvo el ímpetu, y con palabras graves y nerviosas contró la audacia, y hizo que se apartasen. Habiéndose sosegado el tumulto, aunque los aguaderos, cocineros y todos los muchachos

de los PP. otra vez anduviesen armados por la cocina, no se intento cosa mayor. Finalmente se tranquilizaron, habiendo todos los PP. reprendido la temeraria audacia de los del pueblo de San Pablo, y habiendo hecho demostracion que todas las cosas que hablaban eran falsas, y la acusacion infundada. Se indago que cosa dijese la carta, quien fuese el autor, quien el testigo, y en que lugar se halló. Pusieron ó presentaron en medio a cierto Luisista, el cual dijo delante de todos, que él habia pillado la carta, la habia leído, e interpretado, y finalmente la habia enviado á su superior ó cacique. Preguntándoles que cosa habia comprendido de aquella carta, dijo, que se pedian en ella pasas, garbanzos, habas y otras legumbres para sustento de los capitanes de los enemigos, cuyos nombres, puestos en la carta, yo mismo lei. Se les demostro que habia entendido, ó interpretado mal la carta, porque era del cura de San Miguel, quien pedia las sobredichas legumbres para su cocina y la de sus compañeros, ó inserto en ella los nombres de los capitanes, para que supiesen los demas PP. que los Generales estaban ya aquí con el ejército: por fin se apaciguó la gente amotinada. Los capitanes de San Pablo, habiendo pedido antes perdon á los PP. y á los Miguelistas que estaban en su compañía, á los cuales tambien tenian por sospechosos, se retiraron á sus reales, que desde antes de ayer tenian puestos en un rio que corre al pié de la colina del pago, ó estancia.

93. Despues de vísperas, juzgando los PP. que todo estaba sosegado, hé aquí otro alborotó: que iban llegando las reliquias de los Luisistas, los que eran unos 20, que de la Matanza habian quedado vivos, y mezclados con algunos otros soldados de los otros pueblos; los cuales, apeándose de los caballos, se entraron á la capilla de Santiago, y hecha oracion, cantaron tambien un responso por los que habian muerto en la pelea. Y habiendoles perorado uno de los capitanes una breve oracion fúnebre, salieron de la capilla, pero con tan grave rostro y furioso semblante, que no hablaron, ni saludaron á los PP. que estaban presentes: antes bien despidieron prontamente al cura que les hablaba, y diciendo que no tenian cosa alguna que tratar, se fueron á la espalda de una huerta de duraznos, en donde se acamparon, y despues, habiendo entrado en la huerta, se hartaron de frutas, de que estaban cargados los árboles. Callaron á estas cosas los PP., porque no fuese que, entrando ya la noche, intentasen los amotinados ofenderles, ó hacerles algun dano: y así se mandó estuviesen en vela, y armados á la puerta de la capilla, todos los Miguelistas compañeros de los PP. Pasóse toda la noche, y habiendo hecho estos una junta, pensaron era mejor ceder al desenfrenado furor de la gente, y retirarse á la seguridad del pueblo. Llegada, pues, la mañana, montaron á caballo y se fueron al pueblo, llegando este dia al pago ó estancia de San José.

94. Hallaron aquí un escuadrón de Miguelistas, que iba al socorro de los suyos, y consternados con los nuevos avisos que habían venido la noche pasada, que el enemigo ya había ocupado el Monte Grande, no sabían determinar lo que habían de hacer. El capitán de este escuadrón (era teniente del pueblo), habiendo recibido después un aviso, se volvió aquella misma noche á dicho pueblo, y mando que todos los moradores de él, y principalmente los de edad y sexo mas débil, se presentasen para huir. De tal suerte arredró tambien con este aviso á las partidas auxiliares de los otros pueblos que encontro en el camino, que varios de ellos retrocedieron y se volvieron á sus pueblos. Mas, después que se desvaneció este rumor falso, y reconocida la falsedad del caso, los capitanes determinaron que debían esperar á los enemigos, de esta parte de la montaña, y cuando estuviesen empeñados en penetrar los montes á la vista de sus pueblos, habían de pelear hasta dar el último aliento. Por lo dicho había corrido en los pueblos un terror pánico y turbación: mas, como el enemigo no solamente no se acercase á las montañas de San Miguel, sino que se declinaba de las estancias de Santa Catalina hácia el oriente, en las tierras de San Luis, mudaron de pensamiento, y siendo los primeros los Miguelistas, pasaron el bosque, se acamparon á su entrada, y enviaron fieles exploradores, que observasen con cuidado los movimientos del enemigo.

95. Entretanto, de todas partes venían, moridos con nuevos avisos, nuevos escuadrones, y bastantemente numerosos, los que ya antes habían sido pedidos y se esperaban, y que, con el falso rumor del vecino enemigo y de las muestras, vacilaban y titubeaban. Después de tanta tardanza, los primeros que volaron al lugar de la mortandad que acababa de hacerse, fueron 130 Guanoas, gentiles confederados, quienes, viendo el destrozo ó estrago de los suyos, y el campo sembrado de cadáveres, gemieron, y tambien derramaron lágrimas. Después vinieron los del pueblo de Santo Tomás, y asimismo los de San Borja, y después los de casi todos los demas pueblos del Uruguay, excepto los de San José, y San Carlos: y así había junto cuatro ejércitos de soldados, y se esperaba que restaurarian todo el negocio, á no haber sucedido que las discordias domésticas otra vez dividiesen ó hiciesen despararrar como agua á tan numerosos ejércitos antes que se juntaen.

96. Los primeros que se retiraron de la reunion fueron los Borjistas; porque estos, después de haber visto el lugar de la matanza, y los montones de muertos, acaso horrorizados con aquel espectáculo, ó exasperados de alguna palabrilla, (porque ahora era la primera vez que venían, cuando ya las cosas iban perdidas) se volvieron á su pueblo, dejando dudoso el motivo. Los Tomistas, por la misma razon ó

por alguna contienda, tambien se volvieron, y se decia que habian muerto á un noble Miguelista, porque jamas apareció.

97. Los de San Angel, desde que salieron de su pueblo, ya venian enfurecidos, y cuando encontraban á los Miguelistas, los despojaban de los caballos y armas, en venganza, decian, de que en sus tierras habian perecido tantos de sus parientes: y habiéndose ido al pueblo, que poco há se habia quemado en la montaña, alli se arrancharon; y aunque repetidas veces se les pidió, y convido á que se uniesen con la demas gente que estaba en Santa Catalina, no se pudo conseguir. En este interin cuantas cosas encontraban, las pisoteaban ó destruian: es á saber, mataron las ovejas, desbarataron el techo de la casa de los PP., que por su teja y ladrillo habia quedado en pie, y sacando las cosas que estaban enteras, las hacian como tributo, ó paga de alguna culpa. Movidos finalmente los Miguelistas con estas cosas, como ya tambien ellos se volviesen, habiendose desparramado algunos, despues de alguna contienda de palabras, vinieron á las armas y los embistieron cercándolos, porque estaban á caballo, y aquellos á pie: de una y otra parte hubo heridas, pero no pasó adelante la cosa.

98. Los Juanistas, Luisistas y Lorenzistas fueron volando á las entradas de su bosque, ó á las abras de las montañas, por la parte que mira á sus estancias, porque hacía aquella parte como dijimos, el enemigo habia declinado. El capitán de la Concepcion, Neenguirú, habiendo enterrado los muertos, se retiró á sus estancias, los de San Nicolas á las suyas, y los otros á otras partes.

99. Cuando las cosas sucedian á los indios tan poco favorables para con el enemigo, llegó de Europa lo mas fatal: porque ahora debemos tratar de cartas, escritos y edictos. Diremos primeramente: qué contenian las cartas que vinieron de los reales de los enemigos? Estando, pues, acampado el enemigo en los campos de San Luis, á la orilla del rio Guacacay, se recogió todo el ganado de este pueblo que ya estaba disminuido con la guerra, y se tomo sin ningun impedimento, y una parte de él envió á las tierras de los Portugueses, reservando lo demas para su sustentacion ó mantenimiento. Despues de esto, envió á sus casas algunos cautivos de cada uno de los pueblos, con dos cartas de un mismo tenor para cada pueblo: una venia en idioma espanol y otra en guaraní: en ambas exageraba su clemencia, y principalmente en el cuidado de los heridos, y que con su paso tardo queria mover la barbaridad de los indios, causa de tantos desastres, y que con tantas muertes de sus parientes se mostraban inmóviles á los flantos de tantas viudas y pupilos; que si no venian con sus curas y cabildos humillados, y pedian perdon,

habían de sufrir el último rigor y suplicios. Estas cartas se enviaron con otras que trageron, y se entregaron á los pueblos: no respondieron á ellas.

100. Por entonces se fulminó de España la última decretoria sentencia, la que, como se decía, trajo un navio por el mes de Febrero: el tenor de ella es este:—"Que de lo alegado y probado en el modo posible está cierto el Rey, que los individuos de la Compañía unicamente tenían la culpa de la resistencia de los indios: por tanto, que diesen corte para que el tratado real se ejecutase á la letra, y el negocio se cumpliese indispensablemente. Ni aquella severidad, ni la del Marques de Valdelirios, intimada al Prelado de la Provincia, sirvió de algo, enviándole espuestas las cosas que estan dichas antes: y así despues rigorosamente prohibia toda apelacion, é imperiosamente mandaba al P. Provincial, que inmediatamente pasase á las Misiones á componer las cosas: y no haciéndolo así, declaraba á los PP. reos de lesa magestad, y prevenia que se aplicaria el castigo competente á semejante crimen, segun ambos derechos." Tambien nuestro Comisario renovó las censuras, preceptos y amenazas, de que antes hemos hecho muchas veces memoria. Que habian de venir en el próximo Mayo 1,000 soldados veteranos, y mas, si fuesen necesarios, y cuantos se pidiesen para avivar la guerra. Por tanto, que se mandaba á los generales que prosiguiesen la guerra, y que si por las dificultades de los caminos no pudiesen llegar, que invensasen y fortificasen los reales, mientras llegasen los socorros que se esperaban. Con estas cartas vino tambien poco despues otra semejante del P. Provincial de la Provincia, renovando los preceptos y mandatos. Y junto con ella otra del mismo que habia respondido al Marques, en la que decía: que habia entendido todas las cosas, y que la apelacion que se le habia entredicho ó negado al Rey de la tierra, la habia de pedir con tanta mayor confianza al Rey del cielo, de cuya apelacion ninguno ha de ser privado. Despues se escuchaba de no poderse poner en camino por su poca salud, y hallarse próximo á la muerte: y le anadia, que renovaba todos los mandatos anteriores, y que imponia á los PP. todos los preceptos que podia: aunque sabia que todo habia de ser vano, como que ni el ni ellos tuvieron dominio sobre tantas y tan libres y tan varias voluntades de los indios: y que si en su voluntad de tal suerte estuviesen incluidas las de los indios, como en la de Adam, las de sus descendientes, ó á lo menos como la de los PP. Misioneros, por medio de la santa obediencia, no dudaria del efecto: mas siendo así, que no esperaba cosa alguna, que el Marques con su agudo juicio le sugiera mo-

do con que esto con mas eficacia pueda ejecutarse, ó que obligue al Sr. Obispo, que andaba en visita en las inmediatas ciudades, se llegue a estas inmediaciones, y que con su autoridad y suavidad los persuada. Que él así lo juzgaba, y tendria á bien; y lo que es mas, que así se no veridia, dejando en libertad á los afligidos pueblos, en que ya no habia impedimento. Aunque despues de publicadas, no faltaron altercaciones ó movimientos, especialmente siendo compelidos otra vez los PP. á dejar los indios, y á una retirada imposible.

101. Como estas palabras tan severas, no menos que incitas y nunca esperadas, arredraban los animos de toda la provincia, sabiéndolas los indios, algunos se obstinaron, mas otros avisados y exhortados de los PP., se rendian ya; porque los Luisistas, Lorenzistas y los de Santo Angel estaban cargando sus cosas, especialmente cuando por segunda vez llegaron á los pueblos otras cartas del Capitan General del ejercito, en las cuales (eran dos) trataba á los indios con blandura, llamándolos hermanos, amigos, engañados por los malos consejos de un animo codicioso; y por tanto que no creyesen á otro sino á él: que ya sus PP. habian caído de la gracia del Rey, de lo que era señal haber repudiado su confesor, y que el Monarca en adelante daria muchos argumentos de su severidad: que conciesen en su buen animo, y quisiesen confiarle de él, y que, egecutando prontos lo que les mandaba, mejorarian su situacion.

102. Con los PP. empero usaba de amenazas, y exageraba la matanza, echándoles á ellos la culpa; porque siendo así, que en otras ocasiones conseguian de los indios todas las cosas, ahora que tanto interesaba á la fe ó palabra real, y á sus intereses, se estaban remios en mano sobre mano. Que habia la esperanza de conseguir la real clemencia, si persuadian á los indios, y los PP. mismos en persona viniesen á él con los caciques y catildos rendidos y humillados: porque si no lo hacian así, luego al punto habia de egecutar todo lo contrario, vistas y oidas las cosas.

103. Los Luisistas fueron los primeros que enviaron nuncios con cartas para el Capitan general, en las cuales prometian que se habian de mudar como les volvieran los cautivos, y les señalasen tierras á propósito, las que en vano antes habian buscado. Los Lorenzistas reusaban semejante legacia, pero se sugetaban al parecer de uno. Los de Santo Angel ya habian hecho otra semejante carta, y enviaron 20 hombres al Monte Grande, hácia el pueblo de San Javier, á disponer el camino. Pero despues se perturbaron todas las cosas por la pertinacia y sugeriones de los demas pueblos, y porque diez caciques de la Concej-

cion vinieron acá donde estábamos. Hicieron arrepentirse á los Luisistas de su sumision, y mucho mas el enviado que volvió del Gobernador, el que se resintió del semblante demasíadamente sério con que fue recibido, y á mas de esto, por no haber conseguido se les diesen sus cautivos; y mas que todo, porque la carta de respuesta no se habia remitido á los indios, sino al cura, y esta sobradamente seca e insípida. "No es esta la respuesta, decian, por la cual se ha de entrar á la clemencia del Rey. Debíase omitir que el cura con sus feligreses saliese humillado, por estar esto bastantemente insinuado, envano esperado, y no haber otro remedio." Ofendidos, pues, con estas cosas, volvieron á la antigua obstinacion, y así dispusieron nuevas tropas contra el enemigo, en numero de 400.

104. Los Lorenzistas tambien, amedrentados por sus soldados que habian vuelto, mudaron de parecer, ó por mejor decir, lo suspendieron. Los de Santo Angel empero, habiendo quitado por fuerza las cartas al correo en el paso del Igny, en donde los militares superiores estaban fabricando un fuerte, y pasando despues al pueblo, embistieron armados, y pidieron para deponer al corregidor, ó cabeza del cabildo, el que era autor de dichas cartas. No obstante se apaciguaron los amotinados, emprendieron otra cosa, sino solamente que los que estaban abriendo la selva, con amenazas se les mandó cesar en el trabajo. Se recogieron pues en todas partes nuevas tropas, que se aprontaron despues contra el enemigo.

105. Entretanto que los indios disponian estas cosas en sus pueblos, el enemigo se acercó á las ásperas montañas, llenas de bosques, en aquella parte donde está el camino mas árduo, y para las carretas, casi imposible. No halló resistencia alguna, despues de algunos pequenos reencuentros de casi ningun momento, fuera de uno ú otro. El uno fué, que al paso de un monte, en donde los indios se habian fortificado con empalizadas, fueron desalojados con una numerosa porcion de tiros. El otro, que queriendo los enemigos entrar al bosque ó selva, un indio de á caballo, que era tenido por cobarde entre sus companeros, (era Lorenzista) acometió al cuerpo del enemigo, y dejándole este entrar corriendo, por medio de los escuadrones que se habian abierto, y disparándole todos, volvió á los suyos sin lesion. Pero, siendo pocos los que debian defender el camino, aunque insuperable, ocupó el enemigo el Monte Grande, y trepando la caballería, hasta pasar las asperezas de las montañas, se mantuvo en el desfiladero de la salida, y así quedo seguro el bosque para la infantería.

106. Puesta ya en salvo esta, se empeñó el enemigo en un trabajo impropio, de hacer volar con minas los penascos durísimos: dividió en piezas las carretas, arrastró las ruedas con tornos, y trasportó todas las

demas cosas en hombros de negro, y de los indios cautivos, con el trabajo de un mes, y aun quizas mas. Se trabajó tanto, que al tercer dia de Pascua solo el ejército estuvo en el pago, o estancia de San Martin. Estando aquí el enemigo, los Miguelistas le entregaron dos cartas, en las cuales les protestaban que ellos de ningún modo habian de ceder sus tierras, sino que se habian de resistir todo lo que pudiesen. Las recibió con escarnio ó mofa, y se les respondió, que les convenia obrar al ejemplo de los de San Luis. Y aunque los vecinos de Santa Fé, y los de las demas ciudades decian, que ellos marchaban forzados, con todo, ambos generales, español y portugues, con su presencia urgian el viage.

107. Por esta razon, el Domingo despues de Resurreccion, movieron los reales, se encaminaron hacia los pueblos, y llegaron á la estancia de San Bernardo, que es del pueblo de Santo Angel, al Domingo siguiente, con marcha de una semana, siendo en otras ocasiones camino de un dia, y en las ceremonias de esta estancia los esperaba escondidos y en silencio el ejército de los indios, por consejo de los gentiles Guanoas y Minuanes.

108. Despues del segundo Domingo, dia 3 de Mayo, como bajasen de la estancia de San Bernardo á las cabeceras del arroyo llamado *Itabijá*, que está á la vista de la estancia de San Ignacio, de la jurisdiccion de San Miguel, salieron de repente 2,000 indios de los condrijos, en donde se ocultaban, y se estendieron por las cumbres de los opuestos collados, y se formaron en media luna: los de á pié se mantuvieron en las colinas; pero la caballeria, capitaneada por los gentiles, á tola carrera aconectó al enemigo. Este, juntando sus carros en círculo, formó una fuerte trinchera, y á la frente estendió sus escuadrones, y porque estaba defendido con artilleria y armas de fuego, la vanguardia se empenó en el combate, manteniéndose así hasta la noche. Mataron algunos españoles, mas no se sabe el número: porque unos dicen que fueron muchos, otro doce, y otros menos. De los indios murieron seis de Santo Angel, un Nicolista, un Miguelista, y no mas.

109. Al acabar la noche siguiente, se arriaron los indios á la trinchera del enemigo, y si hubieran hecho las cosas con silencio, les hubiera salido bien su estratagemá: mas como se acercasen de repente con griteria, los sintió todo el ejército: entonces despertándose el enemigo, se puso sobre las armas, y casi por todo el dia duro la guerrilla, pero sin especial ventaja; salvo que los de la Cruz quitaron una tropa de

caballos al enemigo, habiendo muerto tres de los que la custodiaban: de parte de los indios solo murió un gentil.

110. El día 5 de Mayo los indios debían repetir el ataque, mas el enemigo en el silencio de la noche, fingiendo retirarse, como viese que los indios habían ido á ocupar los caminos que tenían por la espalda ó retaguardia, de repente se dirigió hácia los pueblos y marcha formado en batalla. Con cuya repentina astucia, quedándose perplejos los indios, volaron por los atajos que ellos sabían, al paso ó vado de un riachuelo, llamado *Chuniobí*, el cual no dista del pueblo de San Miguel, sino escasamente cinco leguas. Aquí fortificaren el vado, y orillas del río con estacadas, y habiendo sacado del pueblo de San Miguel dos cañones de hierro, y fabricados á toda prisa otros cinco de madera durísima. (llámanká *Tajibo*, y los indios *Tayí*) se apo-taron los Miguelistas para defender el referido paso. Los demas insensiblemente se volvian á sus pueblos vecinos, á cuidar, como decian, de salvar á mugeres, hijos é hijas.

111. El enemigo entretanto estuvo detenido los cuatro dias siguientes en el pago ó estancia, dicha *Ibicúa*, parte por las lluvias, parte por otras razones. Aunque estaba ya tan vecino el enemigo, no se podía bastantemente persuadir los indios de salvar sus cosas. Finalmente por la mañana se juntaron los Miguelistas á llevar las alhajas mas preciosas del templo hácia el arroyo Piratini, á una hermita hecha de espedes, de un pueblo antiguo, y con esta ocasion se persuadió lo mismo á los de San Lorenzo, y despues á los Juanistas y Angelotes. Pero con flojedad llevaban las dichas cosas, y no á mayor distancia que la de dos leguas del pueblo.

112. El día 10 de Mayo se acercaron los enemigos al río: pero recibidos con la artilleria que estaba oculta en la selva, fueron muertos, segun dicen, 61, incluyendo en este numero los que mataron los gentiles en los reencuentros. No obstante, pasaron adelante, retrocediendo los que defendian las orillas del riachuelo.

113. El día 11, entrando algunos Nicolistas con otros soldados al pueblo de San Miguel, sacaron toda la gente del sexo y edad mas debil, y así salieron las mugeres y casi todos los niños, que se desparramaron por los campos hácia el Piratini.

114. Dia 12. Habiéndose el enemigo acampado en las cante-ras del pueblo, distante casi tres leguas de él, y ya á la vista, al

caer de la tarde, los PP. del pueblo de San Miguel se fueron huyendo tambien al dicho Piratiní, no salvando nada del pueblo de San Miguel, sino que escondidas acá y acullá, y enterradas las cosas, se fueron. Esto se hizo por falta de bueyes y de caballos que llevasen los trastes en carros; porque en estos dias, moviéndose, como es costumbre, una disencion entre los indios, no sé porque sospecha, originada de que se hubiesen dado caballos á un paisano, llamado *Tary*, que se habia pasado á los enemigos, que aquel los tenia bastantemente gordos, viniendo los demas espanoles en flacos y exaustos, como los soldados de los otros pueblos, quitaron a los pobrecitos Miguelistas casi todos los caballos y bueyes. De aqui nació que, despues de la salida de los PP., los soldados de los otros pueblos, especialmente los de San Nicolas, los Angeles y Tomistas, pillaron todos los bagages y el bastimento que se habia dejado en el pueblo, habiendo hecho pedazos las puertas, y aporreado al portero, se llevaron cuanto encontraron: y despues de saqueada la casa de los PP., le pegaron fuego: el que, tomando cuerpo en los techos, descubrió muchas cosas que estaban escondidas en los entablados, dejando por presa de los indios lo que no consumia. Tambien pegaron fuego al pueblo, pero la gran lluvia que cayó esta noche apagó el incendio, quemándose toda la casa de los PP., mas no la iglesia, á la que perdonaron las llamas; dudándose si atajado por el Santo Patrono San Miguel, ó por sus altos paredones de piedra.

115. Entretanto, los PP., con toda la gente del pueblo, pasaron la noche muy lluviosa en el campo, sin tiendas. No obstante la trageron al dia siguiente, 13 de Mayo, y en el pueblo, habiéndose quedado encerradas en su claustro las mugeres, que llaman *recogidas*, como viesen las llamas, y sospechasen lo que era, golpearon fuertemente las puertas, y al cabo los del lugar las soltaron, y los de San Angel las llevaron á su pueblo. Los moradores de los demas que estaban aquí, midiendo ya su mal por el ageno, empezaron con mucha actividad á poner en salvo las cosa del pueblo.

